

Corán Teñido

¿Qué hiciste conmigo?



MTC - El Mundo de Corín Tellado

MTC surge en la nueva era digital con el fin de que todos aquellos que son o serán hispanohablantes puedan conocer y disfrutar del mayor legado de obras escritas por un autor en nuestra lengua. Corín Tellado es la escritora en español más prolífica de nuestra historia, con más de 4000 títulos publicados y 400 millones de copias vendidas a lo largo de sus más de 50 años como escritora.

Desde los inicios de su carrera y a lo largo de los años, Corín Tellado fue creando su propio mundo que reflejaba en cada una de sus novelas... y eso es MTC.

I.^a edición en esta colección: 2013

Concedidos derechos a favor de Leer-e 2006 S.L

Monasterio de Irache 74, Trasera. 31011 Pamplona (España)

www.leer-e.es

www.corintellado.com

[Corín Tellado en Wikipedia](#)

Texto: © Corín Tellado

Cubierta: © Leer-e 2013

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela.

asi como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente

de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes,

entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ISBN: 978-84-9071-005-0

CAPITULO PRIMERO

SIENTATE, Law. Paula dijo que tenías un gran empeño en verme esta tarde.

—¿No le ha dicho para qué deseo verle?

—Pues, no. Ya sabes cómo es Paula. No siempre resulta muy expresiva.

El la conocía bien.

Mejor que su padre. Empezó a cortejar con ella cuando Paula tenía dieciocho años y sus padres acababan, como quien dice, de presentarla en sociedad. A la sazón, Paula tenía veintiuno y era como una monada de muchacha. El la adoraba.

—Me marcho a Alemania. He ganado una beca y voy con

el fin de ampliar estudios.

Paul Sullivan torció un poco el gesto.

—¿Es... indispensable?

—Es necesario, creo yo. Usted tiene un buen negocio de maquinaria extendido a todo lo largo del país. Me ha dicho usted muchas veces que pretende que trabaje con usted.

—Es normal, ¿no?

—Por supuesto. Por esa razón terminé cuanto más pronto pude mi carrera de ingeniero. Si ahora tengo la oportunidad de ampliar estudios, de conocer mejor las máquinas que usted vende...

—Eso no está mal, pero... ¿Por qué no os casais primero?

—Paula asegura que prefiere dejarlo para cuando vuelva.

Míster Sullivan miró al frente y pensó en sí mismo.

Muchos años antes, también él decidió ampliar estudios. Su padre lo nombró representante general en el condado de Passaie, y él, si bien era ingeniero, sabía bien poco de aquella maquinaria que vendía su padre. Por eso aceptó la sugerencia de su progenitor, decidiéndose a efectuar un viaje a Alemania. Judy hacía lo contrario de Paula. No quería que fuese, pero él consideró que debía ir, y fue. Al año regresó y se casó con Judy.

¿Qué deber moral podía aducir para evitar aquel viaje de su futuro yerno?

Se alzó de hombros.

—Está bien—decidió—. Será mejor que te marches cuanto antes, si es que Paula está de acuerdo.

—Lo está, y yo tengo el viaje preparado para mañana en la noche.

Míster Sullivan alargó un cigarrillo por encima de su mesa,

—Fuma—dijo, y a renglón seguido hizo una pregunta—. ¿Qué dice tu padre a eso?

Lawrence Hasse se alzó de hombros.

—Desde que se casó por segunda vez, apenas si se preocupa más que de su, esposa. Peggy Marshall no es precisamente una mujer muy considerada con los demás, excepto su esposo y sus dos hijos pequeños.

—Tus dos hermanos.

—Eso parece.

—¿Tanto te ofendió el casamiento de tu padre?

Law emitió una risita.

Era un chico alto, delgado, de buen porte. Tenía el cabello oscuro, los ojos negros y la sonrisa amplia.

—No es eso. Hace mucho tiempo de ello y tuve momentos de rabia y desesperación. Pero ya pasó. El vive su vida, yo la mía...

—Bueno—decidió de nuevo el caballero—. Vamos a hacer una cosa, Law. En el tiempo que estés fuera, me preocuparé de vuestro futuro hogar. Con la ayuda de Paula montaremos un piso muy a propósito para un matrimonio joven. ¿Qué te parece?

—Muy bien, Paul. He recibido la parte que me corresponde de mi madre, y se la he dejado a Paula para la ayuda de ese hogar.

Paul Sullivan emitió una risita sardónica.

—Tú, como siempre, orgulloso y altivo hasta para eso. De todos modos no te preocupes. Paula ya me dijo que pretendías aportar tanto como ella. Me parece muy bien. No voy a oponerme a ello, puedes estar seguro.

Se puso en pie y aún añadió, antes de que Law dijera nada.

—De todos modos, repito, me parece una tontería que te marches por un año. No es muy natural que te hayas decidido a aceptar una beca que, a mi modo de ver, no necesitas para nada. Vas a trabajar en un negocio propio. Yo no tengo más hija que Paula y todo cuanto poseo, es suyo. ¿Entiendes eso?

—Prefiero ofrecerle mis servicios con la seguridad de que voy a hacer honor a la confianza que usted deposita en mí.

—Eso dice muy en favor de tu persona pero, yo sigo pensando que no es para tanto.

Palmeó el hombro de su futuro yerno y consultó el reloj.

—Tengo una cita con unos clientes para dentro de diez minutos. Es posible que ya no te vea hoy, Law. Que tengas buen viaje.

—Gracias, Paul.

Apretó la mano que el caballero le tendía y se alejó a paso largo.

Vestía de gris. Resultaba moderno y desenvuelto, muy al día. Sin ser un «ye-ye», estaba dentro de los cánones muy modernos.

—No te olvides de escribir muchas veces—dijo el caballero cuando Law tomaba la puerta—. Me gustaría estar

al tanto de tus estudios.

—Se lo prometo.

—Adiós, muchacho, y suerte.

* * *

—Yo no estoy de acuerdo, Law.

Este pensó que su padre nunca lo estaba.

—¿Qué dicen los Sullivan? Porque después de tres años de relaciones con Paula, no me parece a mí que Paul Sullivan vea con buenos ojos que te marches.

—Tengo que hacerlo.

—¿Y por qué razón? ¿Puedes darme una plausible?

Law se repantigó en la butaca y miró a su padre fijamente. Después, a la esposa de aquél.

Dos niños de unos ocho años, casi iguales, jugaban en el jardín. En la terraza hacía sol. Llegaba hasta allí calentándolo todo.

—La hay, papá. Voy a trabajar con mi futuro suegro. Lo lógico es que sepa lo que voy a hacer. La maquinaria que él vende casi es para mí desconocida.

—No trabajes con él—rió la esposa de su padre. ¿Qué necesidad tienes? Tu padre te entregó la herencia de tu madre. Pon tu propio negocio

—Eso no sería honrado. Primero, porque Paul Sullivan carece de hijos varones. Sólo tiene a Paula, y lo normal es que ésta se case con un hombre que se haga cargo del

negocio, o por lo menos, ayude a su padre.

—¿Y la segunda razón?—preguntó Roy Hasso con sarcasmo.

—Tengo una beca. Me presenté allí sin darme cuenta. La gané entre cuarenta aspirantes...

—Cásate—apuntó la dama—. Paula es una chica joven, guapa, rica... Puede ocurrir cualquier cosa, y tú, después de tres años de relaciones, quedarte sin ella.

—Si eso ocurre, prefiero que ocurra durante este año—dijo rotundo—. Si Paula me ama de verdad, sabrá esperar.

Nunca le agradó dar explicaciones de su vida privada.

Mucho tiempo antes, sí. Cuando su padre era un hombre comprensivo y no tenía esposa. Después, no. Después fue distanciándose poco a poco, yendo al hogar paterno sólo a dormir, y pocas veces a comer.

Recibía una asignación mensual por parte del secretario de su padre y muchas veces ni siquiera veía al autor de sus días en dos o tres semanas.

El no tenía nada contra Peggy. Era una buena mujer y al casarse con su padre, aportó al matrimonio una buena fortuna personal. No cabía pensar que se casó por dinero. Pero aún así, él nunca creyó que un hombre tan mayor como su padre, se casara con una mujer quince años más joven que él.

Consultó su reloj.

—No vamos a polemizar ahora de algo que no tiene razón de ser. He venido a despedirme y a buscar mi equipaje. Me marcho en el avión de esta noche.

—Ojalá no te pese nunca—opinó la dama.

Law no respondió.

Besó a su padre, besó luego los dedos de Peggy y llamó a sus dos hermanastros.

Tom y Jim llegaron corriendo. Besaron a Law y se marcharon de nuevo tan tranquilos.

—No te olvides de escribir, de vez en cuando—pidió el padre—. Desearé saber de ti.

—Te lo prometo—dijo no muy convencido de cumplir su palabra.

Salió del palacete de los Hasso.

No tenía auto aún.

A decir verdad, apenas si tenía nada, excepto la herencia de su madre, que tampoco era una fortuna colosal. Si se dedicara a vivir de ella, podría soportar unos diez años, pero no más.

No podía limitar su vida a vivir de aquel dinero. Tenía en poder de Paula lo suficiente para montar la mitad de un hogar, y el resto colocado en un banco para el día que por cualquier eventualidad lo necesitase.

Metió las manos en los bolsillos y caminó a todo lo largo de la calle. A un lado y a otro se alzaban hermosos chalets. Todos pertenecían a personas capitalistas. Allí estaba recopilado todo el imperialismo de la ciudad de Paterson, situada ésta en el estado de Nueva Jersey.

Tenía que tomar un «Bus» para dirigirse a casa de Paula. Los Sullivan vivían en un barrio muy comercial. Casi todas

las tiendas de maquinaria pertenecían a los Sullivan. Paul Sullivan contaba que, siendo niño su padre, tenía una tienda de molinos de café y aperos de labranza. ¡Baya contraste!

Al cabo de unos años tuvo un almacén de maquinaria, y más tarde, a medida que el tiempo transcurría, aquel almacén engendró otro y otro. En todo el estado y muy fuera de él, se conocía bien al financiero Sullivan, dedicado a la venta de maquinaria exportada a muchos otros países del mundo.

A él le importaba un bledo la fortuna de los Sullivan. Estaba locamente enamorado de Paula y deseaba, ante todo y sobre todo, ponerse a su altura económica, porque de la social no se preocupaba. Los Hasso eran gente socialmente mejor relacionada que los Sullivan.

Subió al «Bus». No podía fumar y él era un buen fumador. Doblegó las ganas y se apeó dos paradas más acá de lo debido, precisamente para fumar un cigarrillo.

CAPITULO II

CAMINABA con una mano hundida en el bolsillo del pantalón y la otra sujetando el cigarrillo que, a pequeños intervalos, llevaba a los labios.

Evocó su infancia junto a su madre amante y llena de ternura. Después, la soledad que dejó aquella madre al morir y luego la compañía de su padre, su aliento, su cariño desmedido Creció.

Su padre debió pensar que ya no lo necesitaba para nada, y pensó en casarse. Lo hizo con una mujer distinguida, cargada de dinero. Su padre nunca trabajó. Vivía de sus rentas. Las administraba él personalmente y un auxiliar. Y se pasaba el día con los amigos en los clubs y los círculos sociales. Pasaba

en la ciudad de Paterson, por un hombre acaudalado. Lo era, pero Lawrence pensaba que mejor hubiese sido que se dedicase a algo provechoso.

Claro que él no era nadie para juzgar a su padre.

Cuando decidió casarse y se lo manifestó así, Lawrence pretendió oponerse, pero no le sirvió de nada.

Fue cuando empezó a tontear con Paula. Esta era una niña y ya él sentía por ella una gran inclinación. Después se llevaron a Paula a un pensionado y dejó de verla en mucho tiempo. Años tal vez.

Cuando volvió a verla fue en una fiesta social, en la cual se presentaban en sociedad varias muchachas, entre ellas Paula. La fiesta tuvo lugar en el club de golf y a dicha fiesta acudió toda la «élite» de la ciudad.

Paula era una chica esbelta, tenía el cabello negro, muy lacio, y los ojos tan negros como sus cabellos.

Tenía razón su padre. No era muy comunicativa, pero él se enamoró de ella porque, en realidad, ya lo estaba antes de que la joven fuese enviada a un pensionado en Nueva York.

Se detuvo en sus pensamientos.

Allí, en medio de un barrio de altos rascacielos, se alzaba como un desafío el edificio de los Sullivan. Tenían dos pisos inmensos para ellos solos. Abajo, unas tiendas de lo más elegante de la ciudad, dedicadas a las maquinarias más modernas. En una de aquellas plantas se hallaban las oficinas y más abajo los despachos del director de la empresa, más los de los altos empleados.

Hacia sólo dos meses que él entraba en la casa.

Fue un día de lluvia. Míster Sullivan entraba en el portal después de dejar su lujoso automóvil junto al garaje, que para sus autos tenía en los bajos del edificio.

Al verlos en el portal, se quedó mirando a uno y a otro, con expresión censora.

—¿Qué hacéis aquí?—preguntó secamente.

—Papá—murmuró Paula cortada.

El no la dejó terminar.

—Hala—refunfuñó—. A casa. No me gusta veros cortejando por los portales. ¿No vais a casaros algún día?

—¡Claro!—dijo Law, más bien cortado.

—Pues a casa a cortejar.

Así empezó a entrar en la regia mansión de los Sullivan.

En aquel instante dejó de pensar y entró, en el portal. El portero le saludó con un,

—Buenas noches, míster Hasso.

—Hola, Kirt.

—La señorita me dijo que se marchaba usted de viaje esta noche. La señorita acaba de entrar.

—Volveré pronto, Kirt—dijo riendo.

Y se perdió en el ascensor.

Paula vivía en el piso alto. Cuando llegó a él pulsó el timbre. Una doncella le franqueó la entrada, saludando.;

—Buenas noches, míster Hasso.

—Hace frío, ¿eh?

—Dicen que mucho, señor.

Le entregó el abrigo y el sombrero y fue directamente al saloncito donde siempre cortejaban los dos.

—Diré a la señorita Paula que está usted aquí.

—Gracias, Mey.

* * *

Casi en seguida apareció Judy Sullivan.

—Law—protestó entrando—. Dicen que te marchas. ¿Es eso cierto?

—Sí, señora.

—Vaya por Dios. No me explico cómo Paula está de acuerdo.

Paula entró en aquel instante.

Era linda, pero más que eso, atractiva y delicada.

Morena, los ojos negros, esbelta, femenina... Vestía un modelo de tarde de buena firma, pero dentro de una sencillez distinguida. Tenía clase aquella muchacha. Mucha clase. Contaba tan sólo veintiún años, pero cualquiera que la viera en aquel momento, por la madurez de su mirada, se diría que tenía más.

—Le estaba diciendo a Law que es una atrocidad eso del viaje—exclamó la dama—. ¿Qué necesidad tiene Law de ampliar estudios?

—Si él lo considera así, mamá—dijo Paula quedamente.

Al hablar iba hacia su novio y se colgaba de su brazo con las dos manos.

—A las diez sale el avión—dijo bajo—. Son las ocho y media. ¿Vas a comer con nosotros?

La dama consideró que allí nada tenía que hacer.

—Comeré en el aeropuerto. Estoy citado allí con un amigo que, como yo, se marcha esta noche. Se trata de Gerald, ya le conoces.

La dama desapareció sin decir nada.

Y nada más cerrarse la puerta, Law desató el nudo que las manos de Paula formaban en su brazo y la tomó en ellos, apretándola contra su pecho.

—Law...

El susurro de ella era entrecortado. Law la besó en plena boca largamente, abriendo los labios y recibiendo en ellos la boca diluida de Paula.

Estuvieron así mucho tiempo, sin decirse nada.

Después, fue ella la que puso las dos manos en el pecho masculino.

—Basta—susurró—. Basta, loco.

—Es que... me marchó.

—Sí.

—Te duele, ¿verdad?

—¿Cómo puedes suponer lo contrario? Pero tú lo deseas y yo creo que es conveniente. Aparte de poder así calibrar la intensidad de nuestro cariño, yo sé que tú lo necesitas.

Lo arrastraba con ella al fondo de la estancia. La chimenea estaba encendida y un sofá ante ella ofrecía un grato, refugio.

—Siéntate — pidió Paula, quedamente—. Siéntate, Law.

—Te echaré mucho de menos.

—¿Por qué lo dices?

—¿Cómo no voy a decirlo?

Ella alzó la mano y le acarició el rostro. Le retiró los cabellos hacia atrás poco a poco. Después, con cuidado, le masajó el mentón y le besó.

—Paula...

—No quiero que lo digas. Parece que mientes cuando lo dices. Yo opino, tú ya lo sabes, que las cosas para sentir las no hay que pregonarlas.

—Siempre fuiste así.

—¿Así?

—Como eres. Deliciosamente introvertida.

—Para ti, no.

Reía en sus labios.

Paula susurró sin apartarse de él ni dejar de acariciarle la frente, retirándole los cabellos que se iban sobre aquella.

—Pensar que voy a estar un año sin verte.

—¿Ves cómo tú lo dices?

—Estamos solos y tú sabes... Porque sabes, ¿verdad?

—¿Saber..., qué?

—Lo mucho que te necesito.

—Sí, Paula, sí. Pero un año pasa pronto. No quisiera sentirme como un novato vendiendo la maquinaria de tu padre. Un ingeniero no es un vendedor.

—Papá no pretende que vendas. Lo que desea es que sepas el negocio que tienes entre manos.

—Que es, precisamente, lo que deseo yo.

Guardaron silencio.

Se olvidaron del viaje y del objeto de aquél.

Se reconocían siempre.

¡Tres años ya!

Todos los días, a todas horas... juntos.

—Me escribirás todos los días.

—Sí.

—¿Me oyes?

Paula abatió los párpados.

Nadie al verla tan distinta y altiva, la hubiese considerado capaz de expansionarse así con su novio. Por eso él la amaba doblemente, porque sabía que nunca logró hombre alguno tener la menor confianza con ella.

Es más, a Paula Sullivan se la consideraba una muchacha altiva y fría. El sabía que no era ni altiva ni fría.

Pero sólo lo sabía él.

—Se me hace tarde, Paula. Tengo que irme.

—¿Ya?

—Si serás... acaparadora.

—De ti, sí. Mucho. Todo.

Law consultó el reloj.

—Tengo que irme.

—¡Law...

—No hagas agónica esta despedida—susurró él en sus labios—. ¿Quieres, Paüla? Será más penoso para mí.

Paula se apretó contra, él y lo besó. Por eso, Law, después,

huyó de su lado y salió sin volver la cabeza.

Por la noche, o sea, a la hora de comer, Paula no bajó al comedor.

CAPITULO III

NADIE sabía aquello de Paula.
Sólo ella y su madre. Su madre, porque era la que la enviaba.

—Vas a la barriada y llevas eso.

O aquello. O cuidas de un enfermo.

Ella iba.

¡No tenía nada que hacer!

Escribir a Law todos los días y leer sus cartas con avidez. Por eso obedecía a su madre. Primero lo hacía como obligación. Después, por necesidad propia. Una necesidad de dar a todos el cariño que ella tenía dentro y que sin Law tenía que dominarse y lastimarse.

La querían allí. Los pobres del barrio la bendecían cuando la veían llegar.

Allí conoció a Robert Marón.

El médico de todos, tan querido como ella. El que llegaba todos los días, visitaba casa por casa y les ofrecía su medicina y su consuelo.

Muchas veces y como Paula iba a pie para no llamar la atención, o en un taxi que la dejaba bastante lejos de la barriada, Robert, un día, cuando la conoció mejor, le ofreció su auto.

—¿Vienes conmigo? Te llevo al centro.

Fue.

¿Por qué no?

Para ella, Robert era un hombre estupendo. Por su figura arrogante; por su don de gentes, por su espíritu caritativo y por todo cuanto hacía por aquellos seres desventurados que les tocó vivir la peor parte de la existencia.

—Estas cosas—le dijo cuando ambos se acomodaron en el auto—las llevaba a cabo una dama. ¿Acaso un familiar tuyo?

—Mi madre.

—¿Y por qué ahora vienes tú?

—Porque tengo a mi novio ausente, y como no salgo nada, mamá dice que me hará muy bien conocer esta parte ingrata de la vida.

—Novio—rió él—. No te imaginaba prometida

—Pues lo estoy.

—¿Desde cuándo?—preguntó guasón—. Y perdona mi

pregunta tan poco diplomática.

—Desde hace tres años.

—Hum.

—¿Te parece mucho?

—¡Muchísimo. No soy partidario de los noviazgos largos.

—Así tienes menos miedo al futuro. Cuando dos personas se conocen, no hay cuidado de contratiempos mutuos.

La miró con sarcasmo.

Era guapo y buen mozo y joven aún. ¿Cuántos años? No más de treinta. Como Law, aproximadamente

A ella no le gustaban los imberbes. Desde que empezó a sentirse mujer, prefirió los hombres hechos y derechos, a los niños jovencitos que aún contaban con su mamá.

—¿Por qué me miras así?

—Porque has dicho algo muy propio de tu edad. Nunca se conoce a nadie lo suficiente, Paula, para tener seguro el porvenir.

—¿Opinas así?

—Y creo estar en lo cierto. Dos personas se tratan toda una vida. Dos personas de distinto sexo, digo yo. Creen conocerse. Se casan seguros del futuro, de la felicidad de ese futuro. Y no ocurre así. A veces ni eso garantiza la felicidad.

—Tienes mucho adelantado.

—¡No siempre. Una novia pone siempre de manifiesto sus cualidades, pero jamás sus defectos. Imagínate que de pronto te casas y todos esos defectos ya no pueden ocultarse. El marido que se lava los dientes haciendo mucho ruido, lo cual

repugna a la esposa. Aquel marido al cual le sudan los pies. Aquel otro que ronca. Aquel que...

—No vas tú lejos.

—¿Y la mujer? Suponte que tiene la pésima costumbre de ponerse ricitos antes de ir a la cama. ¿Sabe eso el novio? Claro que no. O se quite el maquillaje y no se acuerda de limpiar bien la piel. O tiene la desoladora costumbre de acostarse sin quitarse la pintura de los labios. O es holgazana, negligente...

—Buscas lo peor de cada uno.

—Es una norma. Buscando lo peor, siempre tienes el consuelo de encontrar algo bueno, porque todo lo esperas malo.

—Eso es pesimismo.

—¿Y qué es la vida sino un cúmulo de detalles pesimistas?

—Tú nunca te has enamorado.

—Nunca—y la miró cegador.

El auto se detenía ante la casa de los Sullivan.

—Vivo aquí—dijo ella—. Hasta mañana, Robert.

—¿Puedo venir a buscarte? Siempre te veo llegar tan cargada... ¿Sabes que eso dice muy bien de ti? No todas las chicas de tu posición social y económica se ocupan de los pobres desamparados.

—¿Y tú?

—¿Yo, qué?

—Tú eres un buen médico. Tienes un gran prestigio en la ciudad. Y, sin embargo, pierdes unas horas del día

atendiendo a esos pobres que mencionas.

—Yo soy un médico que hace años andaba como esos seres, descalzo y hambriento. Tengo un antecedente, ¿no te parece?

Se vieron al día siguiente y al otro y todos los días.

* * *

Pudo habérselo dicho a sus padres, pero no lo hizo.

Ella era así.

Todos los días terminaba de escribir a Law. Le contaba mil cosas suyas, personalísimas, lo mucho que lo echaba de menos, los deseos que tenía de verlo, cómo iba el piso que estaba montando para los dos, pero jamás se le ocurrió mencionar a Robert ni a los pobres que socorría diariamente.

Corría julio.

Hacía mucho calor.

Iba en un taxi hasta la proximidad de la barriada y unas cuantas mujeres de aquellas casuchas miserables, le salían al encuentro y le ayudaban a transportar los paquetes y las cestas.

Al finalizar el recorrido, casa por casa, dejando ropas, comidas o dinero, suspiraba. Se sentía rendida. Estaba morena y bellísima. Peinaba el cabello hacia atrás, lo recogía sencillamente en una cola de caballo y vestía modelitos vulgares, si bien en su cuerpo resultaban de una sencilla distinción innata en ella.

Casi siempre aparecía Robert March con su cartera de piel bajo el brazo, vistiendo un pantalón de verano, gris, y un jersey sobre una camisa verde a azul. Nadie al verlo diría que era médico, pero todos los seres que habitaban aquella barriada, lo sabían y lo adoraban.

—Te llevo, Paula—gritaba él.

Se lo agradecía. ¡Hacía tanto calor!

A veces contaba los meses por los dedos. ¡Seis ya! Seis meses más y regresaría Law, se casarían y sería su madre nuevamente la que ocuparía su lugar. Claro que no creía ella que Law se opusiese a que acompañase a su madre.

—Hace un calor insoportable—dijo Robert uno de aquellos días—. ¿Tomamos algo?

—¿Algo, como qué?

—Un refresco. Tengo una cabaña a pocos kilómetros de este barrio. Me gusta refugiarme allí de vez en cuando, sobre todo los fines de semana.

—Gracias, Robert.

—¿Vamos?

Ella consultó el reloj.

No podía.

Tenía que echar la carta de Law al correo y leer la que seguramente tendría en la bandeja de plata, sobre su tocador.

—Otro día.

—¿Cuándo?

—Pues...

—¿Me permites que te diga una cosa? Llevo seis meses

tratándote.

—¿Es eso lo que tienes que decirme?

—No.

—Pues di lo que sea.

—Temo que te enfades.

Lo miró un segundo.

Robert tenía un rostro simpático y muy atrayente. En aquel momento la miraba con cierta dominada ansiedad. ¿O no sería ansiedad?

—Estoy enamorado de ti.

Así.

Sin preámbulos.

Robert era así. O se callaba lo que sentía o lo decía sin rodeos.

Paula se echó a reír.

Una risa alegre, feliz, divertida.

—¡Qué cosas más peregrinas tienes!—murmuró—. ¿No sabes que estoy prometida y enamorada de mi novio?

—¿Qué es el amor?—preguntó él rápidamente.

—¿Qué es? Pues..., pues... lo que yo siento, ¿no? Unos deseos indescriptibles de ver a Law, de sentir a Law junto a mí, de oír su voz. Unos deseos que a veces me causan dolor y otros un tremendo y loco placer.

—No has tenido más novio que Law.

Lo miró censora.

—Ni quiero.

—Eso es comodidad, cobardía, temor...

—¿Pero qué dices, Robert?

El se echó a reír.

—Te amo, Paula—dijo por toda respuesta—. Me será muy difícil prescindir de ti.

—Olvídate de eso. No lo tomo en serio ni quiero tomarlo, ¿Me permites que siga pensando que estás bromeando?

—No te lo permito.

Pero, contra lo que ella esperaba, cambió rápidamente de conversación.

CAPITULO IV

No volvió a decirle que la amaba, lo cual infundió en Paula una gran confianza hacia él.

Elia amaba, a Law, pero estimaba a Robert. Lo estimaba como un buen amigo, ese amigo leal que siempre se desea tener y no siempre se consigue.

Una tarde de domingo, no supo por qué razón, se citó con él. Fue a llevar la carta de Law al correo y al regreso, Robert la esperaba en su auto. Dejó el suyo aparcado en una esquina de la calle y subió al de Robert sin reparo alguno.

Tenía su conciencia tranquila, se aburría sin Law y no creía que aquello pudiera perjudicarla en ningún sentido.

—Te voy a llevar a mi cabana—dijo Robert con

naturalidad—. Incluso podemos pescar.

—¿Sabes qué hora es?

—Las cinco de la tarde. Ni tú ni yo tenemos mayormente que hacer. Dispongo de cañas y de un río precioso, lleno de carpas.

Se alzó de hombros.

Si no tenía ocupación, como Robert decía, ¿qué importancia podía tener irse a una cabaña en las cercanías de la cual corría un río?

—Bueno—admitió—. Con la condición de que me reintegres a este mismo lugar dentro de tres horas. ¿Hace?

—Hace.

El viaje se realizó sin incidentes. Robert habló a medias palabras de mil cosas diferentes y la conversación fluida, amena, no cansó a Paula. A decir verdad, Paula se sentía a gusto con Robert. Jamás la cansaba. Era un hombre muy bueno, muy formal. Sin recovecos psicológicos ni retorcimientos morbosos. Era como era y así se manifestaba.

—No tenemos merienda—dijo él torciendo por una carretera vecinal—. Pero supongo que tú no sentirás apetito.

—Acabo de merendar en casa, con mamá.

—Y has ido a llevar al correo la carta de Law...

Le miró censora.

—Lo hago todos los días. Es... una necesidad.

—¿No será mejor una obligación?

—¿Consideras una obligación una carta que escribo con todo mi amor?

—Ya me has dicho lo que para ti es el amor.

—Tú no lo has sentido, según dices siempre. Por tanto no puedes definirlo como yo lo hago. Mientras no se siente, se le considera sin importancia. Con todo ocurre igual.

—No con todo.

El auto entraba en una explanada, al final de la cual se alzaba una cabaña hecha de pinos.

—Mi refugio—añadió sin explicar sus medias palabras—. Aquí me paso yo todos los fines de semana que puedo.

—¿Solo?

—Totalmente solo con mis pensamientos—y sin transición, descendiendo del auto—. Estoy enamorado. ¿Por qué dices que no lo estoy si sabes que te quiero?

—¿Otra vez? Creí que lo olvidarás.

—¿Porque no te lo mencioné en tres meses?

—justo, por eso, y porque yo te lo pedí.

—Me has pedido un imposible. Y si fui discreto, se debe únicamente a mi mala costumbre de no reiterar aquello que está por demás sabido.

—Robert..., ¿hablas en serio?

—Sí—dijo él bravamente—. Pero no voy a repetirlo. Pierde cuidado.

—Así está mejor.

—Entra.

Lo hizo.

Era bonita la cabaña de Robert March. Tenía ése sabor a viejo que se consideraba nuevo. Cañas colgadas en la pared,

escopetas de caza, cabezas disecadas de animales del bosque.

—Nunca te hablé de mi vida. ¿Sabes lo que era yo hace sólo veinte años?

—Ni idea.

—El hijo de un guardabosque. Esta era la casita de mi padre. Después, cuando fui hombre, la dueña de todo esto, una señora que falleció hace cosa de seis años, me llevó a la ciudad. Me preguntó qué quería ser. Médico, le dije yo. Así estudié. Con becas, con su ayuda, con todo mi trabajo en los suburbios como practicante.

—¿Lo dices para que te admire?—se burló ella.

Robert se aproximó.

—Te dije que no volvería a hablarte de eso, Paula. He mentido. Te he traído aquí para hablarte en serio.

Era tal la gravedad de su rostro, que Paula, a su pesar, se estremeció.

—Te aprecio mucho — dijo, algo ronca la voz—. Mucho, Robert. Por todos los valores que reconozco en ti, pero yo amo a mi novio y me voy a casar con él.

—¿No debo, pues, forzar la situación, Paula?

—No—rotunda—. No lo hagas si deseas que continúe apreciándote.

—Si no te casas conmigo, dejaré Paterson por una temporada. Me ofrecen una beca para ampliar estudios en Rusia. Me iré.

—Por mí..., no. Si eres feliz aquí.

—Sin ti no soy feliz. No me gusta, ya te lo dije, ser

reiterativo, pero en esto va la felicidad de toda mi vida.

—Creí—se sofocó Paula—que hablabas en broma.

—Hablo muy en serio. Te amo y te deseo y será horrible para mí prescindir de ti.

—Nunca te di alientos. Nunca...

—No sigas. Una mujer no se da cuenta de que los da y los está dando. Son muchos meses viéndonos todos los días. ¿No lo comprendes? Nunca tuve de masiado cariño. Me quedé solo muy pronto y siempre estuve buscando una mujer humanista, capaz de comprender las penas de los demás, para saber apreciar las propias.

—Lo siento—cortó Paula con decisión—. Esta conversación sobre nosotros dos, será la última que tengamos. ¿Quieres llevarme de nuevo al centro, Robert?

—No es posible que yo siga esperando...

—No es posible, al menos si esperas correspondencia de mí.

—¡Mucho le amas!

—Nadie tiene ni idea. Creo que ni el mismo Law la tiene. Eso fue todo.

Subieron al auto y regresaron silenciosamente al centro. Cuando Paula fue al día siguiente al suburbio, alguien le dijo que el doctor March se había ido a Rusia aquella misma noche.

Por lo visto, lo tenía todo dispuesto, si ella se negaba a sus aspiraciones amorosas.

Transcurrieron tres meses más...

—Hoy por la noche llega Law.

Así.

Se lo espetó su madre aquella noche, tres meses después de marcharse Robert March.

Sintió como un golpetazo en el corazón. Por lo visto, Law lo pensó de pronto. ¡Un año ya!

Miró en torno con ansiedad.

La dama sonrió indulgente.

—No debí de decírtelo así—susurro enternecida—. Fui demasiado brusca.

—¿Qué importa eso?—volvió a mirar en torno—. Iré a esperarlo yo. ¿Lo sabe su familia?

—No lo sé. Acaba de llamarme tu padre desde la oficina. Me dijo únicamente: «Dile a Paula que Law llega esta noche en el avión de las nueve y cuarto».

Nerviosamente buscó el reloj.

—Oh, son las ocho. Tengo el tiempo justo de cambiarme e irme al aeropuerto. Gracias, mamá.

—Espera, loca. Te ha llamado un señor. Dijo que se llamaba... Espera que recuerde. Ah, pero qué tonta soy. Si es el médico del suburbio.

¿Robert?

¿Cuándo había vuelto?

—Me pidió que le llamaras a su clínica tan pronto regresaras a casa. Me lo pidió por favor.

—Lo haré desde mi cuarto.

Subió corriendo por las escaleras interiores que separaban los dormitorios del salón. Marcó el número con precipitación. Tenía que vestirse. Que Robert fuese breve. ¿Cuándo había regresado?

—Diga—respondió una voz.

—Robert, ¿cuándo has vuelto?

—Aver noche. Estuve esperando que vinieras al suburbio—dijo la voz ronca de Robert—pero fue tu doncella.

—Estuve invitada en casa de unas amigas. Ya no podré ir en una larga temporada, Robert. Law llega esta noche. Acabo de enterarme. ¿Sabes? Estoy como loca.

—Y me lo dices a mí.

—Perdóname.

—Paula.

—Sí, dime.

—No pienso marcharme más. Una cosa me gustaría.

—¿Una cosa?

—Una sola. Ir a tu boda.

Paula rió.

—Gracias, Robert. Eso me indica que te has curado. Irás a mi boda. Te prometo que te enviaré la invitación. Me casaré dentro de dos o tres semanas, todo lo más. Tengo el piso preparado y Law vendrá deseoso de terminar dé una vez.

—No me extraña.

—¿Qué dices?

—Nada. No lo comprenderías.

—Tengo que dejarte, Robert—dijo ella en su tremendo egoísmo de novia—. He de vestirme para ir a buscar a Law al aeropuerto.

—Le envidio.

—Quedamos en que...

—Sí — cortó él—pero es difícil. Hasta otro día, Paula.

—Me alegro que hayas vuelto, Robert. Que estés de nuevo en tu puesto, cerca de esas personas que estimas.

—¿Y tú?

—¿Yo, qué?

—¿No estarás más junto a ellas?

—De momento estará mamá. Tengo que casarme, prepararlo todo, irme de viaje de novios y regresar. Huy, demasiados días. Buenas noches, Robert.

—Buenas.

Colgó.

Se vistió precipitadamente y minutos después conducía en dirección al aeropuerto.

CAPITULO V

DESCENDIO un señor mayor con un perrito en brazos. Después una dama muy elegante, a la cual daba la mano una niña de corta edad. Luego una joven cantante, a quien esperaban y asediaban los periodistas. Los ¡flahs parpadearon en la noche. Todo el mundo rodeaba a aquella joven.

Después vio a Law. Alto y firme, estupendo, fenomenal con su traje gris deportivo, el gabán colgado al brazo un maletín de piel, especie de portafolios, bajo el brazo.

Se quedó un rato en lo alto de la pasarela, buscando aquí y allá. La vio en seguida. No dio un paso al frente.

Se diría que en aquel instante, la fuerza de la emoción lo paralizaba. Luego echó a andar como si los pies tuvieran

resortes y saltaran. No supo Paula cuando llegó a su lado. Sí supo únicamente, que dejó el gabán y la cartera en el suelo y la apretó contra sí.

Fuerte, fuerte.

Como si durante siglos estuviera esperando aquel instante Paula sintió la sensación de que la vergüenza, el pudor, la timidez, la invadían. De repente le parecía que Law era otro. Ese novio que aparece en la vida de una, con el cual se proyecta un matrimonio, pero de quien se sabe muy poco. Ese novio con el cual te cartearas durante un tiempo relativamente corto y decides compartir su vida sin conocerlo apenas. No el novio de cuatro años de relaciones, a quien conoces perfectamente.

Buscó sus labios. Así, sin fijarse en las personas que, en grupos, se hallaban a pocos pasos.

Ciertamente, nadie se fijó en ellos. Muy hermosos los dos, muy jóvenes, muy bien vestidos, pero no pasaban de ser dos seres como miles y miles de ellos.

El visón de Paula quedó como estrujado en los brazos de Law. Y los labios casi dolían al juntarse.

—Estás... más delgada—dijo él bajísimo, dejando sus labios y hundiendo su boca en el cuello femenino—Mucho más delgada, Paula. Lo noto al apretarte contra mí—una risa baja y suave—. ¿Sabes? Me da la sensación de que sólo abrazo abrigo.

Se colgó de su brazo.

Con las dos manos. Con ansiedad, con esa rebotante

felicidad de quien espera una cosa durante miles de días y de repente puede alcanzarla.

—Tengo el auto aquí mismo.

Le temblaba la voz.

Un temblor convulso, sofocado.

El la miró.

Era un poco más alto. Apenas si había luz en aquella parte del aeropuerto.

—¿No estás más delgada?

—Vamos, anda.

—¿No lo estás?

Casi metía la cabeza bajo la de ella. Paula experimentó una profunda emoción. Fue tal, que alzó la mano enguantada y la posó en la mejilla masculina.

—Tal vez un poco. Tu ausencia...

—¿Es que a estas alturas vas a ruborizarte?

—Lawrence...

—¡Qué raro que tú me llames así!

—Por favor—se aturdió—. ¿Me estás tomando el pelo?

—Paula—dijo roncamente, echando a andar. Siento una emoción extraña. No pensé, cuando dejé Alemania, que la emoción me embargara así. ¿Te das cuenta, Paula? Ahora sí tendremos que casarnos en seguida.

Ella no dijo nada.

No sabía qué decir.

Le parecía que de repente casarse con Law era... una aventura indescriptible.

Siempre pensó casarse con él. Sabía lo mucho que la quería, pero... jamás creyó que lo amase tanto.

Llegaron al auto y Law la miró cegador. Esa mirada lenta, honda, que penetra hasta lo más íntimo de nuestro ser.

Tanto que Paula, tímidamente, sofocada, susurró.

—No..., no me mires así.

—Pero si tengo que mirarte. ¿Sabes cuánto tiempo hace que no te veo? ¿Que sólo leo tus cartas?

—Law...

—Tonta, tonta...—y sus dedos rodaron por el cabello femenino hasta caer en la nuca y quedar allí, presos, un instante—. Paula..., estoy..., estoy... Tú sabes o debes saber cómo estoy.

Lo sabía, porque alia, de súbito, sentía miles de emociones juntas. Emociones que lastimaban y causaban un profundo y hondo placer.

—Iré a buscar el equipaje. Un segundo. No te sientes al volante. Me sentaré yo. ¿Sabes que puedo comprar un auto para nuestro viaje de novios? He ganado dinero. Me he dedicado a estudiar ganando dinero.

Reía.

Aquella risa de Law, un poco lenta, bajo la cual nunca se sabía bien qué había. Si complacencia o amargura.

Ella asió su mano.

—Law—llamó—. Law.

Se quedó inmóvil a su lado, mirándola con intensidad.

—Sí, dime, Paula.

—Nada.

—¿Nada?

—Bueno..., no sé qué iba a decirte. Que..., que... —
abatió los párpados—, que... soy feliz teniéndote aquí. Muy
feliz. Parece que..., que...—se metió en el auto con
movimiento nervioso.

Law metió la cabeza por la ventanilla. Sus dedos se
perdieron en el rostro arrebolado de Paula.

—¿Qué te pasa, tontita? ¿Es que de repente estás junto a
un extraño? Siempre te atreviste a contármelo todo.

—Parece que el corazón se me rompe, Law—dijo
titubeante, al tiempo de apretar aquella mano masculina en su
gaVganta, aprisionándola con la mejilla—. Eso me parece,
Law.

—Vuelvo en seguida

Se alejó.

Paula respiró hondo. Muy hondo. Parecía, o esa sensación
tenía, al menos, que el corazón iba a saltársele del pecho.

Apareció casi en seguida.

* * *

Paula fumaba un cigarrillo nerviosamente. Vio cómo
metían el equipaje en el portamaletas, y cómo Law pagaba al
mozo del aeropuerto, y cómo luego Law entraba en el auto,
sentándose ante el volante.

—Estás tan calladita...

—Te veo.

—¿Sólo eso?

—Law, parece que vienes dispuesto a perturbarme.

—No, Paula. Vengo lleno de emoción, a verte, a tocarte, a saber que vas a ser mi esposa. Sólo a eso. En Alemania me trataban bien. Tenía mis amigos, mi ambiente. Fue fácil hacerlo, con las recomendaciones de tu padre. Pero yo allí, no encajaba. Yo tenía mi vida aquí. Ahora puedo servirle de algo a tu padre. De algo provechoso.

El auto corría autopista abajo. Una mano de Law, conducía. La otra se deslizaba sin parecer deslizarse, hacia la rodilla de Paula.

—No seas así,

—¿Sabes cuánto tiempo?

—Law...

El rió.

Tenía una risa queda Law. Aquella risa que ella, a solas consigo misma y sus recuerdos, evocaba todos los días.

Evocaba el día que la besó por primera vez. ¿Cuánto tiempo de aquello? Se asustó mucho. ¡Era tan niña! ¡Qué sabía ella de nada relacionado con el amor! Fue dos meses después de presentarse en sociedad. Law la acompañaba todos los días sin decirle nada.

Hablaban de mil cosas, pero nunca rozaban el tema que en realidad les interesaba. ¿Temor al fracaso? ¿Pudor? ¿Timidez?

—Law...

—Sí.

—Para.

El no quería parar. No podía parar.

—Law...

—Dime, qué has hecho durante todo este año.

—Pocas cosas.

—¿Qué cosas? ¿Has salido mucho?

—Para, Law.

—No seas tontita.

Siempre la llamaba tontita.

También se lo llanió la primera vez que la besó. Allí mismo, cuando ella decía, como ahora: «Basta, Law», él decía quedamente: «Tontita».

Era una frase que cada vez que la oía a alguien la estremecía de pies a cabeza.

—Todo te lo contaba en mis cartas.

—¿Te has pasado un año cubriendo el lugar de tu madre, yendo a los suburbios?

—Sí.

—Tendrán que adorarte todos esos seres desamparados.

¿No es así, Paula?

—Para, Law.

—No seas tontita.

—Siempre dices igual, pero...—se sofocó—, no paras.

Y con sus dos manos asió los dedos de Law y los apretó entre las dos palmas.

No se le ocurrió mencionar a Robert.

Si lo hiciera en aquel instante, cuántos problemas se hubiesen evitado. No lo silenció por malicia, es que en ella no había maldad alguna y ni siquiera se le pasó por la imaginación.

—Tu padre es una gran persona. Mira, a mi madrastra jamás se le ocurrió ocuparse de los demás, excepto de sus dos hijos y su marido..., a medias.

—Peggy quiere a tu padre.

—Bueno.

—¿Bueno, qué?

—No nos vamos a ocupar nosotros ahora de los demás, de cómo se quieren o dejan de quererse— cortó con suavidad—. Estamos solos después de un año sin vernos. ¿No te parece esa... demasiada ventura?

Era muy grande.

Casi de tan grande, lastimaba dentro.

El auto corría y los dedos de Law se rescataron para asir el volante, pues entraban en la ciudad.

CAPITULO VI

TE llevo a tu casa.

—Eso, no. Llévame a la tuya—dijo rotundo—. Nadie me espera en mi casa. Siempre he sido como un estorbo, desde que mi padre se casó de nuevo— torció a la izquierda—. Si me lo permites, voy contigo. ¿Quieres?

Lo asió del brazo con las dos manos.

Se sentía ya más familiarizada. Más audaz a su lado. Apoyó la cabeza en su hombro y susurró en su oído.

—Sí, Law. Mis padres te están esperando.

—¿Sabes cuándo nos casaremos?

—¿Es que depende de mí?

— De los dos. En seguida. Ya estoy preparado para ello.

Lo necesito... tanto como la vida.

El auto se detenía ante los almacenes «Sullivan».

—Dejo el equipaje en el auto—dijo Law—. Si no te importa, me llevo tu auto y te lo reintegro mañana. Es decir, después de comprar yo uno—. Y riendo, después de bajar del auto y dar la vuelta a aquél con el fin de ayudarla a ella—. ¿Sabes que he ganado para la luna de miel? Iremos lejos. Un mes, dos...

—Muy rico te sientes.

—Poderoso —dijo riendo—. Poderoso, Paula. Teniéndote a ti, mi carrera, la ayuda de tu padre y este dinero que he ganado, me siento el ser más poderoso del mundo.

El portero salió corriendo de su garita.

—Míster Hasso.

—Hola, Kirt. ¿Qué tal por aquí?

Y con una naturalidad que encantó a Paula, estrechó la mano del fiel portero.

Este, emocionado, susurró.

—Bien, señor. Muy bien. Le echamos tanto de menos.

—Gracias, Kirt. Te aseguro que me encanta oírtelo decir.

Kirt abría la puerta del ascensor. Ellos se perdían dentro.

Fue allí, cerrados cuando el ascensor se elevaba, que Law se acercó de nuevo a su novia.

—Law..., ahora no. Puede... abrirse el ascensor. Puede detenerlo cualquiera...

La oprimió en sus brazos. Paula, despacio, como quien no puede contenerse, elevó los suyos y le cruzó el cuello.

—Paula...

—Sí, Law—le temblaba la voz—. Sí..., sí...

La besaba con los labios abiertos. Largamente. Paula sintió la sensación de que se empequeñecía, de que crecía después, de que...

—Nos van a ver...

—Todo el mundo sabe... lo que es una pareja enamorada, que se ve después de un año de ausencia.

—Sí.

El ascensor se detuvo y ellos se separaron. Con esa delicadeza de quien ama con todo su ser, Law dobló el abrigo de visón sobre el cuerpo femenino.

—Sigo pensando que estás delgada—dijo riendo— pero... me gusta que estés así. Tienes no sé qué en los ojos.

—La..., la... emoción.

Salió de la caja del ascensor y antes de que Law pudiera retenerla, pulsó el timbre. Casi en seguida apareció la doncella en la puerta.

—Míster Hasso—exclamó felicísima. Míster Hasso, qué alegría verle de nuevo.

—Hola, Mey. ¿Sabes que te traigo un presente? No puedo olvidar que el señor Sullivan, o más concretamente la señora, te cedió a la señorita Paula y te vas a venir con nosotros cuando nos casemos.

La doncella, ya mayor, conocedora de Paula y de Law desde siempre, emitió una risita placentera.

—No sabe usted, míster Hasso, lo contenta que estoy de ir

con ustedes al nuevo hogar.

—Tengo tu regalo en el equipaje. Ya te lo traeré mañana—
dijo palmeándole el hombro.

En seguida aparecieron Judy y Paul Sullivan.

Abrazaron a Law estrechamente.

—Muchacho, muchacho — decía Paul Sullivan—. Cuánto
me alegro de verte otra vez.

Law reía.

Con esa risa feliz de quien regresa al hogar, donde todos le
comprenden...

* * *

—Anda...

—Pero si no puedo.

—Law, por favor, qué dirán mis padres.

Law no le hacía caso.

Se hallaban en la terraza, bajo el emparrado. Allí, en la
penumbra, como huyendo de la luz que iluminaba parte de la
terrazza.

—Papá y mamá saben que salí a acompañarte.

Pero Law no la soltaba.

—Te digo...

—Calla, tontita.

—Ellos...

—¿No han sido jóvenes, no se separaron alguna vez?

Sentía como cosquillas en los pulsos.

Tanto tiempo sin sentir aquello.

Un año.

Y en aquel instante le pareció que hacía miles de días miles y miles..., sin ver a Law, sin sentir la emoción que él le transmitía.

—Te digo, Law.

—¿Sí?

—Te estás burlando de mí.

No.

Law no podía burlarse de ella.

La adoraba, la quería con todas las fibras de su ser. Sabía que Paula era sensible, apasionada, vehemente, emocional...

La adoraba por bella, por temperamental, por tímida, por...

—Mamá y papá...

—Deja a mamá y papá.

—Te digo.

—¿Qué?

Paula cerró un segundo los ojos.

—Paula.

—Qué.

—No me miras.

¿Podía?

No podía.

—Law, por favor...

—¿Sabes cuánto tiempo hace que no nos vemos?

—Sí.

—Y no deseas estar a mi lado.

—Lo deseo, pero... No quería acordarse.

Eso también ocurriría más tarde. Pero aquella noche era una timidez extraña la que la embargaba.

La culpa de todo la tenía aquel año de ausencia.

Al regresar Law, era como si nunca tuviera novio y de repente un hombre la enamoraba y ella sintiera vergüenza.

Pero no lo decía.

No sabía qué frases emplear para explicárselo a Law.

Lo empujó otra vez.

Law, riendo, se alejó un poco.

—Mañana iremos al piso. Quiero saber qué hiciste en él.

—Tienes que prometerme...

—¿Prometerme?

—Ser formal.

—Pero, tontita...

—Y no me llames así.

—¡Paula! ¿Qué te pasa?

No sabía qué le pasaba. Se moría por deseos de estar con él, de sentir sus besos y sus caricias, y, sin embargo, no quería o no sabía manifestarlo.

—Vete—susurró—. Vete, Law. Hasta... mañana.

El alzó la mano.

—Hasta mañana—dijo bajo—. Vendré a buscarte temprano. Me llevarás al piso que vamos a compartir. ¿Te imaginas? Después de nada te servirá decir «basta o sé formal, Law». ¿Verdad, tontita?

Huía hacia la casa.

Estaba roja como la grana y toda la culpa la tenía aquella emoción palpitante que no sabía exteriorizarse.

Law se alejó y ella lo vio perderse por la puerta lateral que conducía a la escalera y hacia el ascensor.

CAPITULO VII

ABRIO él, porque la mano de ella temblaba al introducir la llave

Si serás tonta—rió—. No atinas.

No era eso.

Claro que no.

Era la emoción de verse a solas con Law en aquel piso.

El piso que los dos iban a compartir a su regreso del viaje de novios.

—Pasa—dijo Law empujándola suavemente—. No sé lo que habrás hecho aquí. Supongo que será acogedor. Como tú. Como tu perfume, que llevo dentro meses y meses. ¿Sabes que al sacar el pañuelo en el avión, te sentí a ti?

—¿A mí?

—Tu perfume. Fue algo sutil, casi impreciso, pero...

—Entra—susurró ella desde el interior.

Law era demasiado considerado para aprovecharse de aquella soledad. Con estudiada naturalidad, empezó a andar por el pasillo, observando con fingido interés cada detalle. No es que su futuro hogar no le interesara, es que en su mente estaba como clavada la ansiedad que de ella tenía, y con aquel supuesto interés evadía, en parte, el tremendo deseo que compartía con las observaciones que hacía del piso.

—Un papel muy bonito, Paula. ¿Lo elegiste tú?

—Sí.

—Es una preciosidad.

Cruzaron el hall y se perdieron en una estancia muy iluminada por la luz del día, ya que estaba como rodeada de ventanales.

—Esta es la salita de estar—dijo ella—. Si te parece que tiene mucha claridad y resta intimidad al ambiente, bajando todas las persianas...

—Es una monada.

Se hundió en un sofá.

—Cómodo, sí—dijo riendo jovialmente—. Aquí te tomaré en mis brazos muchas veces, Paula.

—Calla, anda... calla.

—En esta chimenea echaré troncos con frecuencia, y tú me mirarás y dirás...

—Sigamos, Law.

Le divertía ruborizarla. Era como fomentar un íntimo placer indescriptible.

Se puso en pie y caminó a todo lo largo del saloncito.

Cuadros bonitos por las paredes. Un tresillo al fondo, un cómodo sofá ante la chimenea. La moqueta azuloso haciendo juego con los tapices y los muebles. Las cortinas blancas, una mesita de centro llena de chucherías de gran valor, y al fondo el bar, repleto de licores.

—¿Te sirvo algo, Paula?

—Ahora, no.

—Pero..., ¿qué te pasa? Antes de irme yo, cuando te acercabas a mí, me mirabas largamente.

—Por favor...

Pensó que sería su súbita timidez. Aquel año de ausencia... o la próxima boda. Pensaba en lo cierto. Pero más adelante no iba a pensar así, e iba, contra todo y contra todos, a tergiversar cada detalle y cada mirada, analizando hasta el máximo lo que en realidad tenía una fácil explicación sólo con preguntar.

Fue ella la que, delante de él, se dirigió al salón comedor. Después, al despacho de Law; con todos los detalles correspondientes a un santuario de trabajo.

—¿Y esa puerta a doride conduce?

—Las dependencias de la cocina. El offic, el comedor de diario, la alcoba de la muchacha con doble lecho para la sirvienta que acompaña a Mey.

—¿Y esta otra?

—El cuarto de los huéspedes, que conduce a una salita de estar especie de suite.

—¿Y aquella del fondo?—preguntaba cariñosamente sarcástico.

—Una galería llena de plantas, en la cual tengo muebles de mimbre para coser o posar al sol.

—Y esta...

—Nuestro..., nuestro dormitorio.

—Ah. Entraré a ver.

Lo hizo.

El piso cubierto con moqueta dorada. Dos camas paralelas separadas sólo por una mesita de noche, que pendía de un ancho tablero a todo lo largo de las dos camas, como preso en la pared. Un cuadro de la Inmaculada presidiendo y un juego de tocador, con sus butacas bajas, sus taburetes. Un armario ropero empotrado en la pared, que tomaba toda una fachada. Una puerta al fondo, que conducía a un cuarto de baño y otra, más lejos, que conducía a una salita de estar.

—Esto es—dijo ella como aturdida bajo el peso de la mirada masculina—para que si un día no tienes sueño, me dejes dormir y te vayas a leer a la salita. Si me ocurre a mí... me iré... también.

—¿Juntos?

—Me estás tomando el pelo, Law.

No se lo tomaba.

—Ya lo has... visto todo—dijo como aturdida.

—¿Qué te pasa?

—¿Pa...sarme?

—Eso digo yo. Pasarte, sí. Antes eras más tempe ramental. Lo seguía siendo.

Quisiera apretarse contra él, pero la timidez, nacida con aquella ausencia de un año, le impedía exteriorizar lo que sentía y deseaba.

Por eso intentó apartarse de él. Pero Law, fuerte y acaparador, avaricioso de sus caricias, la cerró contra sí y la besó en la boca largamente, mucho tiempo.

—Law...

—¿Eres tonta? Di, ¿lo eres?

Se lo decía en sus labios. De repente e'la cerró los ojos y como si no pudiera más, instintivamente, se oprimió contra él y abrió los labios.

—Paula—gimió—. Paula. Así..., así..., así...

* * *

—¿Qué haces aquí?

Law sonrió.

Vestía de calle. Judy lo miraba entre maliciosa y sarcástica.

—No me digas que esperas a Paula.

—Claro—dijo Law balanceándose sobre sus largas piernas—. Yo estoy listo y ella lleva más de una hora en su cuarto, cambiando el traje de novia por uno de calle.

La boda había tenido lugar en la casa de campo de los señores de Sullivan, que éstos poseían en las afueras de Paterson, cerca ya de Nueva Jersey.

Fue una ceremonia bellísima, emocionante, emotiva, llena de algo que nadie sabía explicarse.

¿La sensibilidad de la novia?

¿La emoción de la novia, manifestada en sus brillantes ojos negríssimos? ¿La emoción del novio, que no supo disimular? ¿La belleza auténtica de la muchacha vestida de blanco?

Tal vez sólo la emotividad de los invitados, trescientos en total, que ahora bailaban en los amplios salones del palacete.

—¿Qué hora es?—preguntó Judy Sullivan antes de desaparecer.

—Las siete de la tarde.

—Hum. ¿Y no bajó Paula?

—Aún, no.

—¿Quieres que vaya yo? Debe ser Mey que no encuentra nada. Ayer noohe aún no tenía hecho el equipaje de su señorita.

—Déjala, Judy—dijo Law bajísim— Me gusta esperar aquí, solo, oyendo la música del salón. Una cosa te voy a decir. Transmítesela a tu marido. Nos marchamos sin despedirnos de nadie.

—Eso es mejor. Si te pones a despedirte de todos, no os iréis hasta mañana. ¿A dónde vais de luna de miel? Aún no lo habéis dicho a nadie.

—No lo sabemos aún. Subiremos al auto,... donde nos detengamos, qué más da. Lo que sí sé es que no volveremos hasta dentro de un mes o dos.

—Me parece estupendo. Lo siento, Law, ahí te dejo con tus meditaciones. Tengo que atender a los invitados.

La besó en ambas mejillas.

—No temas—susurró en respuesta a la muda mirada de la dama—. La haré feliz. Toda mi vida la emplearé para hacerla feliz.

—Gracias, Law. Lo sé. Ten presente que si no estuviera seguro de ello, haría lo posible y lo imposible por evitar esta boda, y tú sabes que desde que empezasteis a tontear, jamás me opuse. Estuve siempre conforme con ella.

Se iba, agitando la mano.

Law encendió un cigarrillo y fumó aprisa. Se hallaba en una salita, en el ala opuesta al salón de baile. Un cortinón separaba la salita de la ancha biblioteca, refugio de descanso de míster Sullivan cuando en los meses estivales decidían descansar en aquella enorme finca.

Fumó aprisa, hundiéndose en un diván.

Cruzó una pierna sobre otra y cerró un segundo los ojos.

Llegó a su meta.

Su meta con Paula. Era... como una aspiración indescriptible. Casarse con Paula. Respetar a Paula.

Eso hizo. Respetarla. Ahora... sí, a la sazón, Paula era su esposa.

Era como una ventura que casi dolía por el placer que

entrañaba en sí. ¡Ser marido de Paula, dueño de Paula...!

CAPITULO VIII

S I ya está lista, señorita Paula.

¿Sí?

¿Lo estaba?

Claro.

Se miraba ante el espejo, cuyo cristal le devolvía una figura deportiva, vestida para el viaje. Modelo de vestido igual al abrigo. Un casquete en la cabeza. El bolso colgado al hombro. Los zapatos de tacón medio, muy modernos... Y aquella expresión honda de sus ojos.

Sí.

Estaba lista, pero...

Iba á reunirse con su marido. ¡Su marido! Law era ya su

esposo y aquella evidencia ponía en sus mejillas como un arrebol y en su pecho una ansiedad emotiva, difícil de disimular.

—El señor la espera abajo, señorita Paula.

Sí, ya lo sabía.

Giró en redondo.

El traje de novia sobre el lecho. Blanco, inmaculado como ella. Pero era ya la esposa de Law, y aquella evidencia, volvía a pensar, ponía una emoción intensa en su pecho. Por eso estaba allí. Porque de repente se sentía aún más tímida, más locamente tímida.

¿No era una tontería?

Siempre, desde que conoció a Law, estuvo deseando ser su esposa, y, de repente, al serlo, aquella timidez cobarde, aquel perder la serenidad, aquel estremecimiento que la recorría de pies a cabeza.

Toda la culpa la tuvo el año de ausencia. Aquel año que ponía entre ellos como una vida desconocida, más intensa si cabe para ella, pero que, de todos modos, y, sin saber por qué, puso en su ser una turbación inconcebible.

—Ya son las siete.

Era verdad.

Desde las seis allí.

La ceremonia. La inquietud antes de irse a la capilla. El caminar por el sendero lleno de flores, la alfombra en el cabildo, el brazo de su padre. La presencia de Law allí, rigurosamente vestido de etiqueta. Su gallardía, su silenciosa

mirada que decía tanto. Los invitados. Sí, todo la aturdió.

Fue un poco lento todo. Demasiado lento para su ansiedad. Los dedos de Law enredados en los suyos, entre tanto le ponía la alianza de brillantes. Y aquellos dedos cálidos apretando los suyos, y las frases del sacerdote, y luego los parabienes de los invitados. ¡Cuántos invitados!

Se lo dijo a su padre antes de enviar las invitaciones : «No me abrumes con tantos invitados, papá».

Papá era un hombre socialmente demasiado relacionado. Tenía que cumplir con todos. Y los Hasso también tenían que cumplir con sus amigos.

Por eso tantos y tantos invitados. Vio a muy pocos. ¡Eran tantos! ¡Besos y besos, y luego los labios de Law turbándola indescriptiblemente! Disimuladamente abiertos en su mejilla. En aquella su forma de hacer inquietante. ¡Law! Era como si al evocar su nombre se le rompiera el pecho.

—Señorita Paula...

—Oh—bajó de las nubes—. Sí, sí, Mey—y luego, como pretendiendo evadirse de aquella evocación reciente, añadió con rapidez—. Tú te vas al piso mañana mismo y buscas una cocinera buena. Ya sabes que a mi marido—cómo sonaba aquella frase, estremeciéndose en sus labios—le gusta la buena mesa. Está habituado a ella, Mey. Ya sabes tú.

—No se preocupe. Buscaré una buena cocinera y las dos estaremos allí cuando regresen.

—Te pondré un telegrama desde donde sea.

—Sí, sí, señorita Paula.

—Nollo res, tonta. ¡Soy tan feliz !

La abrazó contra sí.

¿Cuántos años llevaba Mey a su lado? Muchos. Más de quince. Era una cría cuando Mey entró a servirle de señorita de compañía. Luego ya no se estilaba eso de acompañar a las señoritas y Mey pasó a su servicio personalísimo.

La soltó precipitadamente y se deslizó hacia la puerta.

Se detuvo en ella.

El banquete... Sí. Allí vio a Robert. Estaba guapo Robert. Estaba guapo y tan delicado y atento como siempre. Robert era un buen amigo y comprendió en seguida su amor por Law. Se hallaba entre los invitados y la miraba de vez en cuando y le sonreía alentador.

Pisó fuerte. Se deslizó por las escaleras que la separaban del vestíbulo inferior. Fue allí donde se tropezó con Robert.

—Paula —susurró él emocionado—. Paula... me gustaría despedirme de ti donde nadie me viera. Fuimos buenos amigos.

—Pasa aquí—dijo gentilmente—. Me marcho ahora mismo. He dicho a Mey que busque a Law. Ven un momento a la biblioteca, Robert. ¡No sabes cuánto me alegra verte.

* * *

—Pasa, pasa, Robert.

—Dispongo de poco tiempo—dijo Robert March—. Tengo una visita para dentro de un cuarto de hora. Ya me

despedí de tus padres y de los de tu marido.

—¿Cómo suena eso, Robert? ¿Te das cuenta ahora de que todo fue un espejismo?

Law tensó el busto.

Fue levantándose poco a poco.

¿Con quién hablaba Paula? ¿Quién era aquel Robert? Por lo visto estaba invitado y se iba. ¿Por qué Paula hablaba con él a solas, cuando debía saber que la estaba esperando?

Poco a poco fue poniéndose en pie. A través del cortinón caído, se oía perfectamente la voz de Paula y la de aquel hombre...

—No me he resignado, Paula. Nunca podré olvidar este año transcurrido.

—Calla, calla—susurró ella suavemente—. No seas testarudo. Ya sabes lo que hubo entre nosotros.

—Tengo que confesarte algo, Paula.

—¿Un pecado?—Preguntó ella con un acento que a Law se le antojó temblón.

—Sí, aunque no lo creas, un pecado. Aquella vez que estuvimos solos en mi cabaña, iba con la intención...

—Haz el favor, Robert. Tú sabes...

—Por eso mismo. Odio a tu marido.

—Eso me duele.

—No lo puedo remediar. No puedo olvidar tampoco que casi durante un año nos estuvimos viendo todos los días...

—Si Law te oyese...

No quería oír.

¿Qué decían?

¿Estaban locos todos?

¿El también?

No tuvo paciencia.

Algo ardía en su pecho. Algo horrible. Por eso alcanzó la puerta y salió. Se fue a auto, apretó las sienes con ambas manos.

¿Paula, su ídolo, su muchachita espiritual, viéndose con un hombre un año entero, y yendo, además, sola con él a su cabaña? ¿Por qué?

¿Por qué?

¿Acaso por eso estaba retraída? ¿Por eso?

Buscó un lugar donde escapar.

Pero se quedó allí, como clavado en el asiento, ante el volante, con las dos manos agarrotadas en aquél, como si los dedos, poco a poco, fuesen perdiendo vida.

Paula engañándolo. Paula sin mencionar para nada aquellos días. Aquellos días de un largo año. ¿Qué clase de mujer era que así..., así..., así lo engañaba?

Sintió que algo corría por sus sienes. ¿Sudor? ¿El dolor convertido en gotas calientes, que al rodar hasta su boca se enfriaban hasta helarse?

¿Qué debía hacer? ¿Matarla? ¿Matarlos a los dos? ¿Matarse él?

Permaneció clavado en el sitio, como si lo fijaran allí con fuertes clavos. Como si lo cosieran al asiento acolchado y le fueran sacando las entrañas a dentelladas.

Sintió odio. Un odio mortal. Después..., después... se puso a pensar serenamente, todo lo serenamente que un hombre de su talla, creyéndose burlado, puede pensar.

* * *

—Sé que te has olvidado del amor que has dicho tenerme, Robert—dijo Paula con dulzura—. Hoy me siento feliz. Tú sabes cuán feliz me siento. Es, creó yo, el día más grande de mi vida. Amo a Law. Le amo con toda mi alma—añadió Paula soñadora—y si tú has sido un amigo de lo más espiritual que he tenido, debes de estar contento.

Robert rió.

Aquello ya no pudo oírlo Law, porque estaba en el auto y sentía en su ser que todo se desintegraba y ardía y se convertía en odio todo su amor.

—Te admiro mucho—dijo Robert reverencioso— y me complace tu felicidad. No cabe duda de que Law es un hombre digno de ti, porque tú eres excepcional y sólo un hombre así podría llevarte.

—Dime que no le odias. Quiero tener amigos, Robert. Amigos entrañables. Y tú eres uno de ellos. No ya por lo que te traté en los suburbios, sino... por todo el bien que haces a los demás. Y yo estimo que un hombre que se da así a la humanidad, ha de estar lleno de humanismo.

—Gracias, Paula. Que seas muy feliz.

—Igual te digo. Busca una mujer digna de ti, que te haga

dichoso. La encontrarás, Robert. Yo lo voy a pedir con todas mis fuerzas.

—Adiós, Paula.

Un apretón de manos sincero y sin dobleces.

—Adiós, Robert. Por favor, cuando encuentres a esa mujer, invítanos a Law y a mí a tu boda.

—Te lo prometo.

Se fue.

Robert aún consultó su reloj.

Demoraría la visita un cuarto de hora. No era de urgencia. Se iría al salón otra vez. Se sentía solo, pero contento de sí mismo por saber que Paula iba a ser feliz con el hombre que amaba verdaderamente.

CAPITULO IX

SALIO presurosa.

—Señorita—dijo Mey encontrándose con ella en el vestíbulo—. El señor está en el auto esperándola. Venga por aquí. No salga por la puerta principal, pues van a verla los invitados que andan por la terraza. Salga por la puerta de servicio.

Torció a la izquierda. Se deslizó por un pasillo estrecho y bajó presurosa las escaleras que la separaban de la parte de atrás del palacete.

Allá abajo, oculto tras un seto, estaba el auto de Law. Aquel auto alemán recién adquirido, que pertenecía a Law exclusivamente.

Respiró fuerte. Sentía una profunda turbación y no sabía cómo ocultar aquella sensación de cobardía, de timidez.

Dobló el abrigo deportivo contra el pecho y así descendió hasta doblar el seto y deslizarse silenciosamente dentro del auto.

—Ya estoy aquí, Law.

El no respondió.

Puso el auto en marcha con cierta violencia que extrañó a Paula.

El vehículo salió del patio, se deslizó por el sendero enarenado, tomó la dirección de la carretera que conducía a Nueva Jersey.

—No corras tanto, Law—pidió ella entrecortadamente. ¿Quieres que nos matemos?

Lo prefería.

Pero eso jamás lo sabría Paula.

Apretó las mandíbulas y sus dedos en el volante parecían agarrotarse más y más, si bien no perdía ni velocidad ni habilidad.

Paula estaba demasiado emocionada para fijarse en la ira de su marido. En su rostro tenso, en sus ojos brillantes.

En aquella expresión dura de su mirada y en la crispación de su boca, que parecía una raya sola.

—Ha sido un día muy agotador, ¿no te parece, Law?—comentó Paula quedamente.

—Ha... sido.

—¿Estás enfadado porque tardé tanto?

Si lo dijera... Si ella dijera que había estado con él, si se lo contara todo, tal vez la disculpara o la perdonara. Pero aquel silencio...

¿Por qué no se lo dijo a su regreso?

¿Por qué fue tan falsa con él y tan...?

En una cabaña con él. ¿Qué hizo allí?

No. No podría tocarla. No podría comprobar por sí mismo que otro hombre fue dueño de Paula.

—Law..., ¿estás en verdad enfadado?

La miró un segundo.

Era inmóvil su mirada. Pero nadie podría adivinar lo que ocultaba bajo ella.

—No— brevemente.

—Lo parece.

—¿Dónde quieres detenerte?

¿No estaba Law distinto?

Durante la comida, presidiendo la mesa, Law la miraba insistentemente. Con ternura, con ansiedad. Muchas veces sus dedos, como al descuido, se deslizaron hacia los suyos y lo oprimió lentamente.

¿No era diferente en aquel momento? ¿No estaba seco y frío... y terriblemente odioso?

—Pues... tú decidirás, Law. Yo... no sé.

—Podemos llegar hasta Nueva Jersey. Pasar allí la noche y al día siguiente tomar el avión para cualquier parte.

Su voz era ronca y helada.

Paula se preguntó si estaría enfadado porque ella tardó

tanto en cambiarse de ropa. Los enfados de Law jamás duraban tanto. En seguida sonreía. Por eso, buscando sus ojos, p pretendiendo buscarlos, metió la cabeza bajo la de él.

—Ponte bien—cortó Law—. No veo la dirección.

—¿Te ocurre algo?

—¿Y... por qué tenía que ocurrirme? ¿Tengo motivos?

¿Me los diste tú?

—No te comprendo, Law. Cuando subí a mi cuarto a cambiarme de ropa, estabas contento y ahora pareces muy enfadado.

No estaba enfadado. Estaba lleno de odio y no se explicaba cómo podía callárselo.

Se mordió los labios.

No. No pensaba decir nada. Un día, algún día, tendría que decirlo ella. Y si no lo decía jamás...

—Tengo prisa en llegar—dijo indiferente—. Eso es lo que tengo.

Paula se recostó contra el asiento, miró al frente y permaneció totalmente muda.

El auto corría. Law conducía y fumaba un cigarrillo que apenas si quitaba de los labios.

Podría parecer imposible, pero dos horas después el auto entraba en una carretera, dejando lejos la general y se deslizaba hacia un parador de turismo.

—Pasaremos aquí la noche—habló por primera vez en dos horas.

El auto se estacionó ante el edificio. Muchos coches se

hallaban aparcados allí. En las terrazas había gente tomando el fresco. Otras se veían a través de los ventanales, en los amplios salones.

—No bajes más que el maletín—dijo él brevemente.

Descendieron uno por cada lado. Los dos cerraron la portezuela a la vez. El no tuvo la delicadeza de tomarle de la mano el maletín. Con el suyo entre los dedos, avanzó delante de ella.

Paula, desolada, se preguntó qué podría pasarle a Law. ¿Enfadado aún por tardar ella en cambiarse de ropa? No podía ser. Law no era un memo y de haberse enfadado por aquello, sería considerada una memez.

Al llegar a la puerta encristalada, se detuvo. La fuerza de la costumbre, su corrección innata o su calidad de marido, le obligó a detenerse y cederle el paso. Después, sin tocarla, murmuró.

—Vamos a recepción. Pediremos dos alcobas para esta noche.

¿Dos alcobas?

¿No pensaba pasar la noche a su lado?

Fero..., ¿por qué?

¿No era su marido? ¿Qué era aquello? ¿Qué quería decir aquello?

—Usted dirá, señor.

—Dos alcobas comunicadas entre sí—pidió secamente—. Mi nombre es Lawrence Hasso.

—¿Su esposa, señor?

—Mi esposa.

—Firmen aquí.

Lo hicieron.

—Tenga la llave. Ahora mismo subirá el botones a conducirles a sus habitaciones. ¿Van a comer?

No.

—Buenas noches.

Ni siquiera contestó.

Se dirigió al comedor y se perdió en él con muchas otras personas que se retiraban ya, pues eran las once de la noche.

* * *

El botones abrió la puerta. Una camarera arreglaba las camas. Las abría, y al verlos a ellos, se apresuró a dar las buenas noches y a salir.

Lawrence ni siquiera se preocupó de poner en los dedos del botones ni una propina. Se cerró la puerta y Law dijo inmediatamente.

—Estarás cansada. Yo voy a bajar un rato al salón.

Ella quisiera bajar también. Poner una laguna en medio de ambos y de aquella incomprensible gravedad de su marido.

Pero ni siquiera, «in mente», se preguntó ya qué le ocurría. ¿Acaso tenía razón Robert March?

El hombre puede ser novio durante años, pero siempre será distinto al marido. Dos personas no se conocen jamás hasta que se casan. ¿Por qué Law era tan distinto al novio?

Además..., ¿no se habían casado aquel día? ¿No estaban ambos esperando ansiosamente casarse para quererse sin reservas?

—Law...

El ya alcanzaba la puerta.

Quedó de espaldas. No preguntó qué deseaba.

—Law...

No se volvió. Era duro como un peñasco. Ni él mismo supo jamás que fuese tan duro. Y al descubrirse a sí mismo, se sentía como navegando en un mar embravecido y sucio.

—Law—volvió ella a decir quedamente.

Lawrence se volvió.

Tenía en los ojos la expresión dura, helada.

—¿Deseas... algo?

Paula parpadeó.

Estaba pálida y temblaba perceptiblemente.

—No—dijo al rato, bajo el peso indefinible de la mirada masculina—. No...

—Estoy en el salón si deseas algo de mí.

Ella querría bajar.

No tenía sueño y tenía, en cambio, miedo a la soledad de aquella noche que debiera ser memorable para ella.

Lawrence abrió la puerta. Pasó a su alcoba y cerró de nuevo.

Paula quedó muda mucho tiempo. Después, aún sin quitarse el abrigo, fue retrocediendo hacia el lecho, dejándose caer en el borde con las dos manos apretadas, cruzando el

abrigo sobre el pecho.

¿Qué ocurría allí?

¿Preguntarle a Law?

No.

No pensaba hacerlo. Empezó a reflexionar en todo lo que hizo desde que se casó. Nada. Absolutamente nada.

No se le ocurrió pensar en Robert.

¡Su buen amigo Robert! El muchacho que salió de la nada y se modeló en la lucha por la vida. El muchacho bueno, honrado, cabal, que la amó en silencio sin exigir nada. No, no se le ocurrió pensar en él.

Además no pensó tampoco en nada determinado, porque de nada se sentía culpable. Pero eso, sí, Law era distinto de marido al novio.

¿Por qué razón?

¿Les ocurría a todas las recién casadas igual?

Se quitó al abrigo y procedió a cambiarse de ropa. Puso el camisón de dormir y se deslizó por el lecho.

Oía voces abajo. Autos que cruzaban la carretera. Personas que cruzaban los pasillos y murmullo en las habitaciones cercanas.

Lloró.

Sí.

Era sensible y el llanto acudía fácilmente a sus ojos, cuánto más aquella noche, que ni se comprendía, ni comprendía al que era su marido.

Oyó, mucho después, cuando el llanto se hacía lento y

tenue como un gemido entrecortado, los pasos de Law
entrando en la alcoba contigua... Los grifos del baño al
correr. El crujir del lecho...

¿Por qué?

¿Por qué?

CAPITULO X

S I pudiera referírsele a alguien!

Pero...., ¿a quién?

Contó los días. Uno por uno, desoladores. ¿Cuántos ya? Veinte.

Y seguía en la misma actitud o aún peor, pues a veces se preguntaba si ella era la que vivía o un ser extraño que nacía en ella.

Habían recorrido, incansables, medio mundo. Tomaban un avión y lo dejaban y al día siguiente tomaban otro. Law parecía desquiciado, avaricioso de conocerlo todo. Unas veces se pasaba el día sin abrir los labios y otras hablaba por los codos cosas sin hilación, que ella ni siquiera comprendía.

¿Sería Law un tipo drogado? ¿Sería adicto a las drogas? ¿Se emborracharía? Ella apenas si sabía lo que hacía fuera del hotel, pues casi siempre tenía por norma instalarse y dejarla sola, yéndose y no regresando hasta el amanecer. Lo sentía tendido en la cama y cuando despertaba y entreabría la puerta de comunicación, ya no estaba Law en la alcoba.

Aquella mañana decidió abordarlo.

Si era así, pediría la anulación de su matrimonio. Si tenía algo concreto contra ella, que lo dijese.

Saltó del lecho y se envolvió en una bata. Buscó las ohinelas y se cepilló el cabello.

—Law—llamó después.

No obtuvo respuesta.

Abrió la puerta.

—Law..., ¿puedo hablarte?

—Estoy en el baño—dijo la voz seca de Law.

No podía tolerarlo. Porque, precisamente por ser distinto, era para ella desconocido.

Silencio.

—¿Me has bído?

El zumbido de la máquina de afeitar sonaba raro. Como si le inyectaran más fuerza a la luz.

—¿Me has oído, Law?

—Sí.

—¿Tardarás mucho en salir?

Ya estaba allí.

Rasurado, aún mojado el cabello. Desnudo de medio cuerpo, con el pantalón del pijama medio caído. Descalzo y con la expresión siempre cerrada de su pétreo semblante.

La miró.

Era duro para él mirarla.

Y duro huir de ella. Y duró, insoportable, saberla su mujer.

Por eso huía. Por eso aparecía al amanecer, después de vagar de un lado a otro y como un sonámbulo desquiciado, para aparecer luego como parapetado. Y cuando salía del hotel dejándola sola, el corazón se le rompía en pedazos.

En aquel instante sintió toda la fuerza de su hombría, de sus celos, de su amor, de su pasión y su odio.

¿Cómo era posible que aquella criatura ideal, maravillosamente femenina, llena de encanto, le engañara durante un año?

¿Hasta qué punto le engañó?

—Tú dirás.

Y su mirada resbaló por ella.

Paula sintió la sensación de que algo se deslizaba bajo sus pies y la lanzaba al vacío, pero se mantuvo aparentemente serena.

—Quisiera abordar un tema, pero no sé cómo hacerlo.

—¿De ambos?

—Supongo que sabrás a qué me refiero.

—No.

Así.

Rotundo.

Paula quedó cortada.

Se hallaba de pie y de pie permaneció, como clavada en el sitio. Vio a Law ir de un lado a otro busgando su ropa.

—Tengo que salir en seguida.

—¿Otra... vez?

Se detuvo mirándola de lado, con el pantalón en la mano.

—Law, tú... no me amas.

—Estamos casados, no?

—Por eso mismo. ¿Puedo saber cuándo dejaste de quererme? ¿El día que nos casamos?

—¡Cállate!

Fue como un alarido.

Paula quedó sobrecogida.

—Tengo que saber... por qué me has engañado así. Ya sé que no debiera abordar este tema. No es propio de ¡una dama, pero yo..., yo..., yo...

¿Iba a llorar?

Law tuvo miedo de que lo hiciese, y miedo de su debilidad ante su llanto, y de su amor ante aquella mirada desesperada.

Por eso se fue hacia el baño refunfuñando.

La amaba.

La deseaba más que nunca. Pero un muñeco engañado, no. No, nunca. Jamás. Ella tenía que hablarle de aquel año, de lo que hizo durante aquel año, con quién lo hizo, cómo lo hizo.

Y él no pensaba preguntarle. ¿Acaso para una mujer honrada fues preciso que el marido le pregunte?

Si ha faltado, que confiese su falta. Si ha dudado, que

manifieste su duda. Si ha pecado... que se muera con sus miserias y sus suciedades.

Por eso se metió en el baño y por eso cerró la puerta y por eso procedió a vestirse con fiereza.

Y cuando salió aún estaba ella, allí.

—¿Qué esperas?

Paula parpadeó.

—No te conozco—dijo únicamente—. No te conozco.

Giró en redondo.

Lawrence estuvo a punto de ir tras ella. De pedirle que le dijera de adorarle, de perdonarle

Era como un cilicio vivir con ella, estar todo el día sabiendo que se encontraba allí, a dos pasos, y considerarla tan lejana. Porque ella estaba lejana. La alejaba su dignidad masculina.

Podría morirse, pero sabiendo que durante un año, mientras él escribía... se veía con otro, jamás, jamás.

* * *

Se hallaba en el salón, hundido en una butaca, con una pierna cruzada sobre otra, leyendo la prensa del día. Se hallaban en París. ¡ Cuántos lugares recorridos en aquellos veinte días! Como judíos errantes, como huyendo de sí mismos, como buscando un lugar donde esconder la cobardía y la vergüenza.

La vio salir del ascensor con una avalancha de clientes.

Iba preciosa dentro del atuendo de invierno. Abrigo de visón cruzado en el pecho. Un casquete en la cabeza. Aquel aire juvenil, decidido, tan femenino...

Alguien le decía algo. Un hombre al cruzar a su lado le murmuró una frase. Ella no lo miró siquiera. Siguió adelante.

Lawrence tuvo la sensación de que la perdía. ¿No la tenía ya perdida? ¿No huía de ella, precisamente para evitar la vergüenza de saber que..., que... otro hombre la humilló y ella se dejó humillar?

Pero aún así, odió al hombre que le decía algo en voz baja. Odió a todos los que podían mirarla. Se odió a sí mismo por permanecer clavado en el sitio, mientras su esposa pasaba por recepción y dejaba la llave.

No pudo más.

No era tan fuerte.

Cruzó el salón y le atajó el camino cuando Paula iba a alcanzar la puerta.

—Paula.

Era la primera vez que la llamaba por su nombre, desde el día de la boda.

Ella se detuvo en seco. No se volvió.

—¿A dónde vas?

Era tiesa Paula y orgullosa.

Giró un poco nada más.

—¿Te pregunto yo dónde vas tú todos los días?

Era cierto.

Jamás le hizo pregunta alguna. ¿Acaso estuvo sosteniendo

un compás de espera amarrada por el deber, y de pronto rompía cada uno de los cordeles que la ataron?

Eso parecía.

—Cierto. Pero yo te pregunto a ti.

—Voy a ser más gentil que tú—replicó sin mirarlo—. Voy a dar un paseo.

—Nos iremos de París esta misma noche.

—¿Los dos?

—¿Qué dices?

—Eso. Te pregunto si los dos... o tú sólo. Supongo que no te interesará mucho llevarme contigo.

Pudo responderle. Decirle...

Pero, no.

Giró en redondo y la dejó marcharse.

Regresó al sillón oculto junto al ventanal.

Desde allí la vio perderse entre la muchedumbre, ajena a lo que quedaba atrás.

¿Una explicación?

¿Debía darla él?

—No.

Jamás.

Era ella la que tenía que decir.

No supo el tiempo que estuvo allí. Llegó la hora de comer y tras lanzar una ávida mirada a la calle, se puso en pie y se fue al comedor. Comió solo. Era la primera vez que comía solo. Ella, por lo general, se quedaba en la alcoba del hotel y cuando llegaba la hora de comer, él la llamaba por teléfono.

Sólo dos frases.

—Vamos a comer. Baja.

Colgaba después.

Al rato, ella aparecía en el comedor, llevando tras de sí todas las miradas de los hombres.

Así aprendió él a odiar a todo el género masculino.

Regresó al salón a las tres en punto y se hundió de nuevo en la butaca, pero esta vez sin la prensa local, porque ya se la sabía de memoria.

¿Estaría citada con aquel hombre llamado Robert?

¿ACASO se había puesto de acuerdo con él, y...?

Esta idea produjo en él una sensación de pequenez, de absurdo muñeco. Por eso se puso en pie.

Salió del hotel y vagó por las calles como un loco desquiciado, hasta el anochecer.

CAPITULO XI

SE hallaba sola en su alcoba.

La camarera retiró el servicio de la comida y dio las buenas noches. Eran las tres y media.

Después, cuando se quedó sola, se tendió en la cama y se durmió. ¡Tantas noches en blanco! ¿Cuántas? Veinte... o más.

Espiando todos los ruidos de los hoteles. ¿Cuántos hoteles? Muchos en todas partes.

Un avión hoy y otro mañana. Un hotel hoy y otro al día siguiente. Era como un correr errante, como si alguien los persiguiera.

Tantas cosas en común y de repente... aquel vacío.

No supo el tiempo transcurrido. Sólo, cuando abrió los ojos, vio que era noche cerrada. ¿Cuántas horas había dormido?

Desde las cuatro hasta las ocho. Cuatro horas. Se sentía despejada, libre de pesadillas. En aquel instante no pensó en su vida y en cuanto estaba ocurriendo en ella. Fue después. Al levantarse para ir al baño, cuando recordó que estaba casado con Law, que no lo conocía, que era duro y cruel para ella y que no había recibido aún una explicación a su extraña forma de comportarse.

Abatió los párpados.

—Has enflaquecido, Paula—*se dijo a sí misma.*

Al abrir los ojos se encontró con un rostro pálido, unos labios crispados, una expresión triste y melancólica.

¡Tanto como ella esperó de la vida y el matrimonio! ¿Era así para todos? ¿Es que Law era un enfermo inútil y no se lo quería decir?

Lo amaba.

De tal modo, que hasta eso le hubiese disculpado y perdonado, y soportado. Pero así, mudamente, como culpándola a ella de sus defectos físicos, si es que los tenía, no era fácilmente soportable.

Oyó el ruido del ascensor al detenerse y luego los pasos precipitados de varias personas que se alejaban. Una de ellas se aproximaba.

Era Law.

Sus pasos enérgicos... le eran conocidos entre mil.

Salió del baño alisando el vestido. Buscó las chinelas. Fue en aquel momento que Law abrió la puerta.

La cerró con la misma brusquedad.

—Por lo visto te gusta tomar el aire sola—dijo con dureza.

¿Qué quedaba del Law que le hacía el amor, que la besaba con delicadeza, que la adoraba y se lo demostraba sólo con mirarla?

—Como a ti.

Fue hacia ella.

La agarró del brazo, la sacudió.

—Yo soy un hombre.

Se le enfrentó. No podía soportar aquel egoísmo desmedido.

—Me haces daño—dijo—. Suelta. Suelta te digo. Puede que seas un hombre—añadió sin darse cuenta de lo que decía—pero yo...

Law la soltó como si ella lastimara.

Y lastimaba.

¿Qué decía?

¿Acaso pensaba de él?

Pero no.

Si era un reto, no pensaba tomarlo.

El guante seguiría tirado. Que ella pensara de él lo que quisiera.

—Es un parapeto, ¿verdad?

—¿El tuyo... o el mío?

—El tuyo, por supuesto.

—No te comprendo ni me interesa comprenderte.

—¿Dónde has estado?—se alteró él—. Sí. ¿Dónde estuviste todo el día? ¿Con quién?

Encima sádico.

¿Qué creía de ella?

Lo miró con verdadero asombro.

—Tú has perdido el juicio, Lawrence.

—No.

Ahora jamás lo llamaba Law. Ni le miraba de frente. Ni tenía dulzura su voz. Pero eso él lo prefería.

Para mantener firme su decisión hasta que ella le dijera..., sí, sí, hasta que ella le dijera lo que hizo durante un año con aquel hombre llamado Robert.

—Estuvo aquí. Subí cuando tú entrabas en el comedor dijo fríamente—. Comí aquí. ¿Tengo aún que darte mis explicaciones?

Quedó suspenso. Aplanado. Como humillado.

Odió su rabia y su vagar por las calles horas y horas queriéndola descubrir entre los transeúntes.

* * *

Dio la vuelta sobre sí mismo.

Pero ella no pensaba dejarle marchar. Había algo que aclarar, e iba a aclararlo en aquel momento.

—Deseo regresar a Paterson—dijo.

Así.

Cuando él iba a salir.

No llegó a abrir la puerta. Quedó con el pomo en la mano. Como estaba de lado, Paula pudo comprobar que estaba delgadísimo, que su rostro parecía macilento. ¿Qué le ocurría en realidad?

¿Era un enfermo, o era un hombre sano que se abstenía por causas que ella desconocía?

—Me has oído, ¿verdad?

—Te... he oído.

—¿Mañana?

Se volvió.

Estaba pálido.

Algo temblaba en la boca de trazo enérgico.

—Estás deseando volver.

Era un reproche.

Paula dijo serenamente.

—Por supuesto. Estoy deseando volver y plantear la solución a esto... No me interesa que des explicaciones. Sólo deseo que admitas... la emulación de nuestro matrimonio.

—¿Para casarte con otro?

—¿Puede eso importarte a ti?

No respondió.

Sacó un cigarrillo del bolsillo y lo llevó a los labios. Paula pudo observar que la mano que sostenía el encendedor, temblaba perceptiblemente.

¿Por qué?

¿Acaso ella, como mujer enamorada de aquel hombre,

tenía que soportar su impotencia, sus malos humores derivados de aquéllo, sus reproches de cosas de las que ella no era responsable?

Sí.

Por eso fue hacia él. Y por eso le tocó en el hombro.

—Perdona, Law.

No la quería así.

Llena de dulzura, no.

Era peor.

Peor para sostener él la dureza propia.

Por eso giró en redondo y con ira salió de la habitación, cerrando violentamente.

Quedó aplanada.

Era imposible. Aquello debía tener un remedio. ¿Cuál? Separarse. No sería nada fácil exponerlo ante sus padres, posiblemente ni se atreviera a hacerlo, prefiriendo la cruz que llevaba.

CAPITULO XII

SE to dijo por teléfono al día siguiente, sin haberse vuelto a ver de nuevo.

—Nos iremos ahora mismo, Haz tu equipaje.

Lo había hecho.

Nunca lo deshacía, porque tan pronto llegaban, él decidía salir de nuevo.

—Estoy dispuesta. ¿A dónde vamos?

—A Nueva Jersey. Allí tenemos el auto.

Se vieron media hora después. Fueron conducidos al aeropuerto por un taxi y cuando el avión se remontó, Paula pensó que prefería cerrar los ojos y hacer que dormía.

Fue después.

Casi un cuarto de hora había transcurrido, cuando él dijo.

—Puedes pedir la anulación.

No abrió los ojos. Sólo los labios.

—Lo haré.

—Pronto.

Sin preguntar. Como pidiéndole que lo hiciese cuanto antes.

—Sí, pronto.

—Te... casarás con otro.

—Es posible.

Los dos hablaban entre dientes.

Una voz perceptible que nadie ajeno podría captar. Daba la sensación de que no hablaban uno con otro. De que iban ajenos, y, sin embargo, iban sentados a la par, rozándose sus rodillas.

Fue inevitable.

¿Qué le ocurrió a Law?

Deslizó sus dedos hacia los de ella. De súbito los oprimió con fiereza, hasta hacerla daño.

Paula emitió un gemido.

—Me... lastimas.

La destrozaría.

¿Para casarse con Robert?

¿Quién era Robert?

Sería lo primero que averiguaría cuando llegase a Paterson.

—¿Aunque en ello le fuera la vida?

—Me... lastimas.

La soltó con rapidez.

Juntó las dos manos entre las rodillas y se quedó así, mirando al frente. *No* parpadeaba, pero Paula pudo apreciar el crugimiento de sus mandíbulas.

—Antes...—se aventuró a decir—no eras así.

¿Había dulzura en su voz? ¿Un helado reproche?

La miró.

Sólo tuvo que volver un poco la cabeza. Sus ojos oscuros se metieron casi materialmente en la mirada femenina. Ella la soportó. Con los párpados un poco abatidos miró bajo ellos.

—¿Antes?—preguntó él entre dientes.

—Sí. Cuando..., cuando...

—¿Cuándo qué?

Era como un reto.

—Cuando... éramos, éramos... novios.

Hizo un brusco movimiento y dejó de mirarla.

Ya no pronunció palabra en todo el viaje. Paula pensó en principio que dormía, pero su fuerte respiración le indicó que estaba desierto y sufría... ¿Sufrir? ¿Por qué?

¿Por qué, Dios santo, sufría Law?

* * *

Llegaron a la noche siguiente a Paterson.

Era por la mañana.

Creyó que al llegar a casa, a su casa, a su hogar, todo sería

distinto. Lo amaba tanto, que aún esperaba una disculpa a su proceder y ella la aceptaría.

Pero no.

Law dio las buenas noches y sin explicaciones, como si aquello fuese natural, decidió perderse en el cuarto de los huéspedes.

Lloró sola en su alcoba matrimonial. Con la ilusión que ella puso en aquel piso, en aquella alcoba para los dos. Con qué amor eligió cada detalle, cada objeto...

Lloró desesperadamente, como nunca. Lloraba su felicidad perdida, su vida futura, su soledad.

¿Decírselo a su madre?

Era lo que procedía, pero... no, nunca se atrevería. Nunca tendría valor para poner de manifiesto los defectos horribles de Law.

Como nunca, evocó las palabras de Robert. «Un novio o una novia, no se conocen hasta que se casan».

Estaba conociendo a Law, y de qué manera.

Se levantó temprano. Casi al amanecer y salió de casa sin ver a nadie. Ni siquiera a la servidumbre.

Por eso fue grande su sorpresa cuando, al dejar el ascensor, se encontró con Mey.

Quedóse confusa, un poco avergonzada.

—¿A dónde va usted tan temprano, señorita Paula?— preguntó la doncella dejando en el suelo la cesta de la leche y el pan.

—Pues...

—Tengo que decirle algo—dijo Mey con su abrumadora experiencia de mujer que se atreve a todo porque cree tener derecho a todo—. Algo muy importante.

Ya sabía lo que era.

—Sube conmigo al auto—dijo presurosa—. Si tienes que decirme algo, que no sea aquí, en el portal. Voy a dar un paseo.

—Eso, sola.

Mey.

—¿Qué os pasa?

—Sube. Mete eso dentro del auto. Dentro de un cuarto de hora te traigo aquí de nuevo.

No sabía a dónde iba.

Tenía que decirle a alguien lo que le pasaba y no decidía que fuese su madre la oyente.

¿Quién mejor que un médico?

Robert, sí Sabía dónde encontrarlo en aquel momento, a las siete de la mañana.

—Llámame Paula y tratame de tú—rezongó la joven—. Siempre que estamos solas lo haces.

—Es mejor, porque así tendré más valor para decirte lo que pienso. ¿Sabes que minea me casé?

—Qué tontería. Lo sabe todo el que te conoce. Entraste en mi casa siendo una cría y nunca saliste de ella.

—¿Qué quieres decir?

Eso.

—Mey—se impacientó—acaba de una vez.

—No me he casado—dijo Mey filosófica—pero creo saber lo que es un matrimonio y te diré con toda mi vulgaridad, algo que es refranero. El matrimonio ha de vivir solo y dormir en el mismo cuarto.

Lo presentía.

—Veníamos cansados del viaje, Mey.

—¿Sí? ¿Por eso apenas os dirigisteis la palabra durante la cena?

—Mey.

—Si las cosas siguen así, se lo diré a tu madre. Tu madre tiene plena confianza en mí... y por eso yo debo corresponder a ella.

—Te aseguro...

—Ya lo sabes. Ahora puedes devolverme a casa— y sin transición—. ¿Cuando se levante tu marido y pregunte por ti, qué debo decirle?

—Que he ido a misa.

—Muy cristiana.

—¡Mey!

—Llévame al portal, anda. Yo no entiendo de éstas cosas. ¿Ser elegante es comportarse así?

—Mey, por favor, no saques las cosas de quicio.

—Quien las saca eres tú—refunfiñó la fámula—. Y te repito que, si las cosas siguen de ese modo, pienso decírselo a tu madre.

—Mey, comprende...

—¿Qué debo comprender?

El auto giraba en una ancha calle. Corría de nuevo hacia el portal.

—Que somos jóvenes y reñimos de vez en cuando. Si tan aficionada eres a los refranes, escucha éste muy español: «Los amores reñidos son los más queridos».

El auto se detenía.

Mey bajó regueando—. Te doy este día para hacer las paces. Si tu marido vuelve a dormir en la alcoba de los huéspedes, se lo digo a tu madre, como hay Dios.

—Calla, calla. Ya hablaremos después.

Mey se dirigió al portal y Paula, estremecida de dolor, apretó el volante y soltó los frenos.

Robert tenía un consultorio en los suburbios. Siempre empezaba a trabajar a las siete y media de la mañana, para marcharse después a su elegante clínica del centro. En los suburbios podía encontrarlo, y nadie mejor que él para comprenderla y ayudarla.

CAPITULO XIII

ENTRO sin llamar.

Había seis personas en la antesala. Al verla cruzar, exclamaron casi a la vez.

—La señorita Paula.

Tuvo que detenerse y saludarlos a todos.

La querían, porque muchas veces los ayudó en momentos para ellos desesperados.

—¿No ha venido el doctor March?

—Sí, sí—le contestaron—. Ha venido, pero todavía no empezó a consultar.

—¿Podría pasar ahora? Terminó en seguida.

—«No faltaba más. Pase, pase, señorita Paula.

Sonrió dando las gracias.

Ellos pensaron que la señorita Paula era antes más feliz. Al menos no tenía en el semblante aquella sombra de melancolía. ¿No sería feliz en su matrimonio? Tanto como ellos pidieron por la felicidad de la señorita Paula. Además, nunca, jamás, podrían olvidar la comida que los Sullivan les dieron en el mejor restaurante del barrio, el día que se casó la señorita Paula. Y el dinero que repartió la señora Sullivan al día siguiente de haberse casado su hija.

Ajena a los pensamientos de aquellas personas, Paula llamó a la puerta.

—Pasen.

Cruzó el umbral y cerró de nuevo.

Robert estaba solo en su consultorio. Se ponía la bata.

Como estaba de espaldas y no podía ver quien entraba, dijo amablemente, un poco reprobador

—No me gusta que me llaméis. Yo sé cuándo debo empezar.

—Robert...

Se volvió bruscamente.

—¡¡Paula!!

—No... me esperabas.

—Claro que no—exclamó yendo a su lado y haciendo sus dos manos—. Claro que no. Te creía muy lejos. Por lo menos en las Bermudas.

—No llegué allí.

—Oye..., ¿qué tristeza leo en tus ojos? No me digas que

no eres feliz.

Paula lo miró con desaliento.

—¿No lo eres?—gritó él—. ¿Es posible, Paula?

—Vengo a ti a explicarte algunas cosas. Creo que eres la persona idónea para dar solución a mi lamentable problema.

—Siéntate. Te escucho. Empieza ya.

—Law y yo... somos muy desgraciados. Te digo Law y yo, porque yo lo soy y me consta que él también sufre.

—Empieza por el principio.

—¿Crees que hubo principio? Estimo que es cuestión de médicos, por eso estoy aquí.

Robert se puso en pie con precipitación, para, inmediatamente, sentarse de nuevo.

—Robert... te asombra mucho, ¿verdad?

—Tanto que... aún no sé si podré pronunciar una palabra condenando a tu marido.

—Es lo que me pregunto Robert. ¿Tiene Law la culpa?

—¿Eso es lo que deseas de mí?

—Que tú me ayudes a descifrar ese enigma.

—Me lo vienes a decir a mí que sabes que te amo.

Paula movió la cabeza de un lado a otro.

—No me amas, Robert. No te engañes a ti mismo. Me estimas. Hemos hecho juntos muchas cosas, como si el destino nos uniera para hacer el bien a los demás, y para que yo, en este instante crucial de mi vida, tuviese un confidente sincero. Pero amor, amor, lo que se dice amor, jamás me has tenido, y tú lo sabes muy bien.

—Si no te amara, no te escucharía en este instante. Pero puede que tú tengas razón y mi amor sólo sea fraternal. Pero..., ¿lo era también el de tu marido?

—No—rotunda.

—¿No te ha dado explicaciones?

—Huye de mí.

—Pregúntale.

—Lo hice veladamente.

—¿Y bien?

—Un silencio hostil. Una rabia reflejada en su rostro.

¿Sabes, Robert? Creo que me odia.

—Pero..., ¿y antes de casarte?

—No.

—¿Estás segura? ¿No has notado en él nada raro?

—Nada.

—Era apasionado.

—Sí.

—¿Era vehemente?

—Sí.

—¿Te besaba?

—Sí, sí, sí, Robert, sí.

—¿Se comportaba como un novio normal?

Paula emitió una sonrisa triste.

—Nunca tuve más novio que él—dijo bajo—. Por lo tanto no puedo calibrar a Law en ese sentido, comparándole con otro. Hemos sido novios durante tres años, uno que estuvo

ausente, cuatro, y puedo asegurarte que los dos, mutuamente, nos amamos con locura.

—Aquel día que saliste con él de viaje...

—Todo cambió—cortó Paula brevemente—. Todo, Robert. Yo creo que era otro o lo parecía. Sigue siendo el mismo hombre inexpresivo y frío, indiferente, que encontré en el auto al salir de casa.

—No te dio una sola explicación a su proceder.

—Absolutamente ninguna. Por ¡eso estoy a tu lado. Por eso he venido tan temprano. No puedo más. ¿Qué debo hacer? Yo le sigo queriendo tanto o más que el primer día. Puedo demostrar mañana mismo que mi matrimonio es nulo. Pero dejar a Law será para mí tanto como matarme en un momento de desesperación. ¿Comprendes, Robert?

—Si ha cambiado de repente, es por una causa, y tú debes conocer esa causa. Pregúntale. No te sientas cohibida ni ruborizada. Pregúntale con toda claridad qué es lo que le pasa. Si necesita un médico, háblale de mí. Dile cómo me conociste y la confianza que tienes depositada en mí. Y pídele después que venga a verme. Podemos ayudarlo. Si es que ha dejado de quererte... pide la anulación de tu matrimonio y emprende una nueva vida.

—No sé si me atreveré a abordar el tema. Figúrate que aún no le dije a mamá que estamos de regreso. Temo que mamá nos invite a comer, como seguramente hará, y note la diferencia existente en Law.

—Háblale antes. Vete a casa ahora mismo. Ya no estás de

viaje de novios. Has regresado a tu hogar y quieres organizar tu nueva vida. Es lógico que seas sincera con tu marido y éste contigo—. Riendo añadió—. ¿Lo ves? Cuán difícil es conocer a un hombre aunque se hayan sostenido con él cuatro años de relaciones amorosas.

—Procuraré atreverme, Robert. Ya te llamaré o vendré a verte.

* * *

No pudo hablarle aquella mañana, porque cuando llegó a casa, Law ya no estaba. Se lo dijo Mey nada más llegar.

—El se ha ido.

—Acostúmbrate a decir : «el señor».

—Hum.

—¿Dijo a dónde iba?

—Claro que no. Se levantó. Lo sentí andar por el baño y cuando quise prepararle el desayuno, ya no estaba. Tienes que hablar con tu madre y decirle que estás de regreso.

—Sí—murmuró—. Sí.

Se metió en su cuarto y marcó el número de su madre.

Se puso la nueva doncella.

—Soy la señorita Paula. Póngame con la señora, por favor.

—Un momento, señorita Paula. Ahora mismo.

Eran las diez de la, mañana. Imaginaba a su madre aún en cama, pero como tenía el teléfono en la mesita *d*§ noche, le sería fácil comunicarse con ella.

—Paula, hijita—y en seguida—. ¿Cuándo has llegado?

—Buenos días, mamá. He llegado ayer noche. Nos cansamos de viajar, ¿sabes? He recorrido un montón de sitios en treinta días escasos.

—¿Eres feliz?

La respuesta fue rápida y vibrante.

—Claro, mamá. ¿Por qué no había de serlo?

—Eso me digo yo. ¿Qué tal Law? ¿!Está ahí? Dile que se ponga un segundo.

—Law ha salido. Es muy posible que esté en la oficina con papá. ¿O... aún está en casa?

—No. Se ha ido temprano. No sé qué reunión tienen hoy. Paula—añadió sin transición—. Esta mañana tenemos una comida con unos clientes de Chicago. No podemos vernos hasta media tarde, pero ten presente que os espero a ti y a Law para comer esta noche. ¿Te parece bien?

—Se lo diré a Law.

—Os espero. Voy a llamar ahora mismo a la oficina de papá, para que éste se lo comunique a tu marido. ¿Te parece?

Lo dudó un segundo.

¿Por qué no?

Law tendría que disculparse y no creía ella que hallara palabras razonables para hacerlo.

—Está bien, mamá. Que papá se lo diga a mi... marido.

—Hasta la tarde, pues, querida hijita.

Paula colgó.

Como se hallaba tendida en el lecho, cerró los ojos y sus

abundantes cabellos negros le cubrieron medio rostro.

No supo el tiempo que estuvo allí.

Mey apareció con la escoba y el paño del polvo a media mañana.

—¿Sabes qué hora es?—preguntó rezongando. Las doce. O me dejas hacer la habitación, o ya no la hago en todo el día. ¿Coméis en casa?—preguntó sin transición—. Tu marido aún no regresó. ¡Qué vida esta! Yo siempre pensé que llegarías a ser muy feliz con el señorito Law, pero veo...

No la dejó terminar.

Salió de la alcoba a grandes pasos y atravesó todo el pasillo, dirigiéndose a la galería.

Allí se sintió abrumada por el olor de las flores y giró en redondo, yendo a vagar por el piso.

Entró, como sin darse cuenta, en la alcoba de los huéspedes.

Todo estaba en orden. La cama hecha, las ropas recogidas, el baño limpio...

Se sentó en el borde de la cama y encendió un cigarrillo.

Fue en aquel momento, al expeler la primera bocanada, cuando sintió la puerta de la calle, los pasos recios, y casi inmediatamente, la alta figura de Law en el umbral.

* * *

Quedó confusa.

Que la encontrara allí, la contrariaba.

—He venido—dijo—. He venido a...

Law agitó la mano en el aire con desdén.

—Vengó de la oficina de tu padre. Nos han invitado a comer esta noche. He rechazado la invitación con una disculpa.

—Papá... no la admitiría.

—La admitió. Dijo que estaríamos cansados de viajar y que necesitaríamos casa propia y descanso en nuestra soledad.

—A lo cual tú... pensarías que era un estúpido.

—¿Tu padre?

Iba por la estancia al hablar.

Se diría que prefería mirarlo todo, a posar los ojos en ella. Pero Paula pensó en Robert y eh cuanto éste le aconsejó.

Tendría que buscar valor para abordar la cuestión. Quedarse así, sin saber lo que le pasaba, no era posible ya.

—Me gustaría hablar contigo, Lawrence—dijo todo lo serena que pudo, aunque temblándole la voz perceptiblemente—. Es preciso que aclaremos este estado de cosas.

—¿Qué cosas?—le retó.

Pero cuando posó en ella los ojos, como si tuviera miedo de aquella mirada femenina, los desvió de nuevo con rapidez.

—Lo nuestro. Si estás... enfermo, admítelo y cúrate. Si no lo estás y este cambio tuyo es un capricho más de los muchos que tienen los hombres, no pensarás que voy a soportarlo.

—Te he indicado ya que puedes solicitar la anulación.

—¿Y todo lo que nos queríamos?

—¿Tanto necesitas mi cariño?

—«¿Qué dices?

—«Si tanto lo necesitas.

Paula se puso en pie y fue rápidamente hacia él.

Estaba bellísima. Tenía un cierto arrebol en las mejillas y como una mueca amarga en los labios.

Casi se metió contra él. Law no tuvo valor.

No era posible sentir junto a sí a Paula sin tomarla en sus brazos sin decirle... que se odiaba a sí mismo por ser como era, por dudar de ella, pero... dudaba porque no podía remediarlo, porque lo oyó por sí mismo.

Por eso se apartó de ella, dándole la espalda.

—Ya no más comedias, Lawrence—dijo Paula con voz vibrante—. Tendrás que exponer las causas que motivaron tu rotundo cambio. Tú me amabas. Estoy segura de ello. Me amabas la víspera de nuestra boda. Tuve que echarme de mi lado y correr para que no me alcanzaras cuando todos estaban comiendo en el salón y me sorprendiste en el pasillo. ¿Lo recuerdas? Si no me amabas, al menos me deseabas, y, sin embargo...

—¿Quieres callarte?

—¿Debo callarme? — preguntó ella fríamente—. ¿Hasta cuándo? ¿Supones tú que una mujer debe cruzarse de brazos ante un caso así? Tengo derecho a vivir, a ser feliz. Me he casado con un hombre—se exaltó, perdiendo casi el pudor—. No con un niño enfermo, y tengo derecho a exigir una

explicación.

—No te la daré jamás.

—De acuerdo—gritó Paula a punto de estallar en sollozos—. No me la des. La recibirás tú mía o de mi abogado.

Law se dirigió a la puerta, pero no llegó a abrirla.

—¿No tienes tú nada que decir?

Paula abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Yo? ¿Yo qué puedo decir? ¿Qué es lo que yo hice para que te comportes así?

Abrió los labios para decirlo.

Pero los cerró de nuevo y salió de la alcoba.

Paula no se quedó inmóvil.

Algo ocurría, algo pensaba Law de ella. Algo que estaba hiriéndola profundamente.

Caminó detrás de Law hasta la salita de estar.

Vio a su marido detenerse ante el bar, sacar una botella y un vaso y beber de un chope.

—Lawrence...

El no se volvió.

—Me voy de viaje hoy mismo—dijo con fuérzate quedarás tranquila.

—Eso no soluciona el problema. Eso no explica tu actitud.

—¿No piensas que soy un enfermo? Pues sigue pensándolo.

—Es que en este instante me da la sensación de que estás más sano que nunca. Lo siento, Lawrence. No voy a pedir más explicaciones. Puedes irte de viaje—y con amargura

añadió—. No saíbes cuánto esperaba yo de mi matrimonio contigo. Pero no importa. Creo que ya nada importa en esta vida, excepto quedar libre otra vez.

—Para casarte con otro.

—¡Qué más da! Tal vez... para renegar de los hombres el resto de mi vida.

Se dirigió a la puerta. Law hizo intención de seguirla, de alcanzarla, de besarla, de decirle que sufría que la adoraba, que no podía... perdonarle que silenciara lo que hizo durante aquel año.

Oyó el portazo y luego los pasos menudos alejarse pasillo abajo.

Apretó las sienes con ambas manos. Estaba destrozado.

Quisiera poder abordarla y preguntarle todo lo ocurrido durante aquel año a borbotones, con desesperación, hasta sollozar con ella cuando Paula le dijera que le fue infiel en aquel año de ausencia, pero no hizo nada. Apretó los puños y permaneció inmóvil.

CAPITULO XIV

C REYO que no estaría en casa.

Era la una en punto. Salió de su alcoba y al cruzar el pasillo y ver la puerta de la salita abierta, divisó al fondo de la misma la figura inmóvil de su marido.

Se detuvo en seco.

No fue vista por Law. Este, hundido en un sillón, tenía la cabeza apretada entre las manos, las rodillas abiertas y apoyados los codos en ellas, como haciendo de pilares sus brazos a la cabeza hundida.

Sintió una sensación de vacío, de mezquindad. ¿Es que Law sufría y ella no sabía comprenderlo?

¿Era ella una mujer sin sensibilidad, que no sabía penetrar

en la amargura de su marido? ¿Existiría aquella amargura?

Rápidamente, sin reflexionar, como empujada por la fuerza oculta de su ansiedad y su amor, cruzó el umbral y cerró la puerta sin hacer el menor ruido.

Vestía una falda estrecha, un suéter holgado, de cuello alto, calzaba zapatos semialtos.

Parecía una cría.

Y aquella melancolía de sus ojos contrastaba con la figura juvenil. Se diría que en aquellos instantes, Paula Sullivan contaba miles de años. Años morales que se alzaban muy por encima de su figura juvenil. Con una madurez en los ojos indescriptible y una amargura en los labios que al crisparse parecían renunciar al beso que, desde que se casó, no volvió a sentir en sus labios.

Avanzó sin ser oída. Sus pasos en la moqueta lila, parecían alas.

Se situó junto a Law. Así, silenciosamente, mirando la cabeza de su marido, inclinada, oculta entre las manos.

¿Qué le ocurría?

Se diría que Law amasaba en aquel instante la amargura de su pequeñez. ¿Por su enfermedad?

Lo amaba demasiado. Sí, demasiado para no ayudarlo en el supuesto (y ella lo suponía), de que existiese una enfermedad física en su esposo.

Por eso, guiada, empujada por el infinito deseo de ayudarlo, de ser para él una hermana si es que la enfermedad de Law le obligaba a serlo, alzó la mano.

Despacio con suave lentitud.

La dejó caer en la cabeza de Law.

—Quién...

La voz de Law era ronca y amarga. Como si algo se rompiera en ella.

No alzó los ojos. Debió de conocer aquel contacto y todo su cuerpo se estremeció perceptiblemente.

Pero no levantó la cabeza. Y su postura desesperada adquirió, si cabe, mayor rigidez.

No hubo frases.

La dulzura de la mujer, tenía algo de etéreo. De espiritual, de anheloso. Sus dedos finísimos, casi como alas rodaron por el cuello de su marido. Subieron, se enredaron en sus cabellos y volvieron a descender, sin que Law se moviese. Se diría que sus labios estaban sellados, pero que algo en él, como un anhelo indomable, deseaba y esperaba aquella prolongada caricia silenciosa.

La muchacha junto a él, de pie. El seguía sentado, con la cabeza entre las manos. Sentía la sensación de que nada había ocurrido entre los dos.

De que estaban enfadados como tantas veces lo estuvieron y Law se encerraba en sí mismo hasta que ella iba a su lado y le decía quedamente, al oído.

—Eres tonto... Sigues enfadado y sabes... que yo no lo estoy.

Todo terminaba en un abrazo, en besos que casi dolían, en caricias que encendían y agitaban.

Súbitamente, Paula se inclinó y metió la cabeza bajo la
suya.

—Law...

El cerró los ojos.

Aquella voz...

Aquel aliento perfumado...

Aquellos dedos que seguían como ardiendo en su nuca.

—Law..., estás..., están... enfadado conmigo. Yo... no
quise ofenderte, Law.

Silencio.

Un silencio indefinible, la cabeza hundida entre las manos
y los ojos cerrados que no podía encontrar.

Fue así.

Casi sin darse cuenta.

Le quitó las manos de la cara y le echó el rostro hacia el
respaldo del sillón. Por detrás, enmarcó aquel rostro entre las
manos. Así le besó prolongadamente.

El quería apartarla. Decirle que era una impura indecente,
porque así, imaginaba él, besaba a aquel hombre llamado
Robert. Este nombre, puso ira en sus manos y en sus ojos.

Por eso se levantó.

Por eso quedó tenso ante ella. Por eso la miró con fiereza y
por eso gritó como un loco desquiciado.

—Echas de menos un hombre. ¿No es eso?

Paula quedó como tensa, como vacía, como si miles de
demonios la paralizaran.

—Law—susurró aturdida—. Law... ¿Qué dices?

Law tenía perdido el control.

La lucha interior que tenía entablada consigo mismo y su dignidad, el deseo extraño, hondísimo que tenía de ella, y su dignidad herida le obligaron a rechazar, todo debió contribuir, porque como un energúmeno, siguió diciéndole, gritando como si perdiera el juicio.

—Eso es lo que te pasa, ¿no? Eso. Un hombre que no has podido tener desde que nos casamos. Y no eres tú mujer que pase sin un hombre. Dilo, mujer. Confíesalo de una vez.

—Estás loco—murmuró con desaliento—. Loco totalmente, Law, si crees eso.

¿Qué vio Law en aquellos ojos de mujer?

¿Sinceridad verdadera? ¿Dolor? ¿Amargura, decepción?

Se mordió los labios.

Su voz sonó fría y cortante.

—Perdona—dijo—. Perdona.

Y giró en redondo.

Se iba hacia la puerta.

Pero Paula, como si de repente le inyectaran dinamita, corrió hacia él y se plantó entre la puerta y la figura de su marido.

* * *

—Tienes que aclarar eso— le gritó como si recuperara todo su brío—. No vale insultar y luego escapar como un cobarde.

—Aparta.

—Así, no. Tendrás que decirme por qué me haces esos reproches. Qué derechos tienes tú a reprocharme. He venido aquí porque te vi al pasar. Yo te quería. ¡Dios mío! Tú no sabes de qué forma te quería. Si estás enfermo, ponte en cura. Y si no tienes cura, reconócelo y hagamos una vida ordenada y sin apasionamientos. Pero que los dos sepamos a qué atenernos.

¿Enfermo él?

¿Desde cuándo?

¿Estaba loca Paula? ¿Era tan niña, tan absurdamente ingenua que no sabía comprender que jamás estuvo más sano?

La apartó con un gesto, entre brusco y decidido.

—Puedes ir a ver a tu abogado. Yo no voy a oponerme a la separación.

—Pero, no comprendes—se agitó Paula desesperadamente—. «Hace sólo un mes éramos una pareja feliz. Lo fuimos durante tres años. Un año de ausencia sirvió para que aprendiera a quererte más.

—¡Cállate!

—¿Qué te pasa?

—Cállate, te digo.

El intentó abrir la puerta

Pero Paula, le asió una mano con las dos suyas. Y ambos, ante aquel inesperado contacto, quedaron tensos.

Fue por eso que él, perdiendo un poco el control,

súbitamente la tomó en sus brazos.

¿Vacilación?

Una muy breve. Cerró los ojos.

Se apartó de él en un segundo de descuido. Quedó jadeante a su lado.

—No tienes derecho—gimió reprobadora—. No... lo tienes.

Y después, con desesperación.

—Tú... no estás enfermo. Tú... eres un hombre como los demás, tú...

Se escurrió bajo su brazo.

Salió y fue corriendo hacia su alcoba, donde se tiró en el lecho sollozando desesperadamente.

No quiso pensar.

No tenía hueco en su mente para un pensamiento coordinado.

¿Qué ocurría allí?

¿Por qué?

¿Qué le ocurría a Law?

¿No la odiaba Law?

Lo presintió en el umbral de su cuarto mirándolo todo. Estaba segura que no había visto aquel cuarto preparado para los dos, desde el momento de regresar del accidentado viaje de novios.

—No llores—dijo él mansamente—. No llores. No merece la pena. Si te parezco un indeseable... sepárate de mí.

¿Qué decía?

Como si ella pudiera amar a otro hombre.

—Paula...

—No. No quiero oírte. No quiero que mis padres sepan qué clase de hombre eres. Márchate. Déjame ahora... Me has lastimado en lo más vivo. Y no te lo voy a perdonar.

En aquel instante, se oyeron pasos.

La figura de Mey apareció en el umbral, casi pegada a Law.

—Señor—dijo—. Su padre le llama por teléfono.

—¿Mi padre?—«gritó él furioso—. ¿Qué quiere mi padre ahora?

—No lo sé, señor. Dice que es urgente.

Dio un paso atrás.

— Está bien. Iré ahora mismo. Gracias.

Pero no se movió.

Mey giró en redondo, y se fue rezongando. No le gustaba nada aquello. Casados de un mes antes y peleados como dos desconocidos.

Law dijo roncamente.

—Volveré en seguida.

La figura que se hallaba tendida en el lecho, no contestó.

CAPITULO XV

DIME, padre.

—Oye, muchacho, sé que estás ahí, porque me lo dijo Paul Sullivan ahora mismo en el club. Tengo un problema y sólo tú puedes ayudarme.

Bueno estaba él ahora para solucionar problemas a nadie, cuando el suyo era de embergadura.

—Di lo que pasa—cortó—. Pronto. Tengo prisa.

—¿Te ocurre algo?

Cómo si lo que le ocurría fuera para comunicar selo a su padre.

—No—cortó de nuevo—. ¿Qué te pasa a ti?

—Uno de mis empleados está enfermo. Se trata de Burt

Walter, mi secretario más inmediato. Han tenido muchos reveses. En fin, sería largo de contar y tú, por lo que veo, no estás en disposición de escuchar lamentaciones. Nadie acierta con su enfermedad. Todos los médicos escurren el bulto. La única persona que puede ayudarle es Robert March.

Law no comprendió.

—¿Qué tengo yo que ver con ese médico?

—Espera un segundo. Te lo explicaré. He pedido cita con el doctor March. No me la ha dado hasta mediados de la semana próxima. Su enfermera asegura que no es posible recibirlo antes. Si espero tanto, es seguro que el pobre Burt se morirá. Es por lo que recurro a ti.

—Yo no conozco al tal doctor March.

—Ya me lo supongo, pero Paula, sí. Durante un año, todo el que tú estuviste ausente, Robert y Paula asistieron en la misma barriada. Si Paula tiene un buen amigo, es ese excelente muchacho que hace sólo veinte años era hijo de un guardabosques. Yo pensaba que si tú le hablastes a Paula, ella, a su vez, hablaría a su amigo. Juntos han hecho muchas caridades, Law. Son excelentes amigos.

Era aquél.

El hombre que buscaba era aquél.

Sintió un placer enfermizo. Estaba imaginándose la expresión de susto de Paula cuando él le dijera que sabía quién era Robert.

Pero no.

No se lo diría así.

Le diría...

—Law, ¿me oyes?

—Sí, por supuesto—y con una voz insidiosa que su padre no comprendió—se lo pediré ahora mismo, padre. No te preocupes por tu secretario. Si Paula es tan amiga de Robert, éste la escuchará. Te tendré al corriente. Buenos días, padre. ¿Cómo están por casa?

—Todos perfectamente. Espero que tú y Paula vengáis un día a comer con nosotros.

—Gracias.

Cortó.

Giró sobre sí.

Tenía una expresión entre cínica y radiante.

De modo que era aquel el hombre cuya voz oyó a través de una espesa cortina.

Se dirigió a la alcoba de su mujer.

¡ Su mujer!

Prefería morir mil veces de ansiedad, que pasar la vergüenza y el dolor de tener que matarla.

Matar lo que más amaba en el mundo.

Sintió la sensación de que era un muñeco para toda la ciudad de Paterson. El, que creía en Paula... de repente, comprobar su vileza, producía en él la sensación de pequenez, de ridiculez.

Empujó la puerta.

Allí seguía Paula tirada en el lecho.

Al sentirlo, se incorporó. Limpió de un manotazo el llanto

que afluía a sus ojos,

Encima lloraba.

¿Que lloraba?

La diferencia que existía y que no podría subsanarse entre él y Robert.

Debió decírselo antes.

Jamás se hubiese casado con ella aun a trueque de morir de rabia y de dolor.

—Era mi padre—dijo asombrosamente sereno.

Paula no preguntó qué quería.

La vio como buscaba un cigarrillo en la mesita de noche y lo encendía con precipitación. Sus dedos temblaban perceptiblemente al asir el encendedor.

—No me preguntas qué deseaba...

—Te lo pregunto—breve y concisa.

* * *

Law avanzó y cerró la puerta. Quedóse de pie, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, arremangando un poco la americana gris. Su aspecto era el de un cínico rencoroso, pero Paula no se fijó en tal detalle.

—Dice que su secretario Burt está enfermo. Al parecer—con morboso placer—todos los médicos de la ciudad lo han reconocido, excepto uno. Ese médico, no lo puede recibir hasta mediados de semana, es decir, de la semana próxima, y papá desea que influyamos junto a él. Dice que tú eres su

amiga.

Paula levantó la cabeza.

Expelía el humo en aquel instante y una tibia sonrisa distendió sus labios. Una sonrisa natural que desconcertó a Law. Ni una inquietud en sus ojos, ni un temor, ni una crispación en sus labios.

—¿Te refieres a Robert March? Sí, es mi mejor amigo. Hemos hecho juntos la campaña de un año. El te conoce a ti a fuerza de hablarle yo.

Law extrajo las manos de los bolsillos.

También él necesitaba fumar.

Encendió un cigarrillo.

Paula añadió tibiamente.

—Si sólo se trata de eso, yo hablaré con Robert ahora mismo—miró en torno buscando el teléfono, entre tanto lo ponía en la cama añadió—. Robert es una excelente persona. Además, llegó a pensar que me amaba. ¡Pobre Robert! Sólo e?:a la confianza que uno tenía en el otro. Un día me llevó a su cabaña— marcaba el número—. Una cabaña que tiene entre los bosques a unos pocos kilómetros de aquí. Yo tenía que regresar—sonrió con la misma tibieza— para echar tu carta al correo y el pobre Robert pretendía convencerme de que no te amaba. Pero él nunca me quiso con amor. ¡Estaba equivocado. El día que me casé, así lo manifestó. Está comunicando— dijo poniendo el auricular sobre el soporte.

Law parecía un muñeco, empequeñecido.

Paula, ajena a la batalla que sufría dentro de sí, aún añadió.

—Estoy segura de que cuando yo le hable, recibirá al secretario de tu padre. Siempre pensé—su voz era como hueca o vacía—que mamá tuvo razón al dejarme aquel año ocupar su lugar en los suburbios. Estoy segura que de no haber sido así, no conocería a Robert. Es hijo de un guardabosques. De la nada llegó a lo que es. Yo le digo que no debía morirse en esta ciudad. Merece mucho más. Pero él quiere a la gente del suburbio. Estoy segura de que si el secretario de tu padre fuera un pobre empleado, lo recibiría inmediatamente. Marcaré de nuevo.

Law seguía mudo.

Como hundido en su dolor.

Aquella naturalidad de Paula. Aquel decir con respecto al médico de los pobres...

¿Podría haber allí una mala intención? No, por supuesto.

La muchacha, ajena a sus pensamientos, murmuró sin levantar la cabeza.

—Ahora no comunican.

En seguida debieron contestarle, porque se apresuró a decir.

—Soy Paula Sullivan. Quisiera hablar con el doctor March.

—...

—Gracias, eres muy amable. Escucha, Robert...

—...

—Sí, sí. Ya te veré en los suburbios. Es posible que vaya mañana por allí, pero quiero que Law me acompañe y te

conozca. Figúrate que nunca le hablé de ti. Se trata de lo siguiente—lo explicó en dos palabras. Gracias, Robert. Entonces le digo al señor Hasso que recibirás hoy mismo, a última hora de la tarde, a su secretario. Gracias, Robert. Adiós. Sí, está aquí. Le daré tus saludos.

Colgó.

Con voz ausente, murmuró.

—Ya está listo. Puedes decírselo a tu padre.

Giró en redondo.

Salió de la alcoba como un autómata. Pisando como si el suelo no estuviera bajo sus pies.

¿Qué había pensado?

¿Qué atrocidades había pensado?

No podía confesarlo. Ni a Paula se lo podía decir. ¿Y qué hacer en el futuro? ¿Cambiar de actitud?

Paula querría saber por qué... Y estaba en todo su derecho y jamás le perdonaría haber dudado de ella.

¿Cabía duda, después de ver la naturalidad de Paula para hablar de su amigo del alma?

Se cerró en su despacho.

Eran las dos y media. Marcó el número del teléfono de su padre y le dijo lo que ya sabemos. Después quedó inmóvil mirando al frente como un infeliz desamparado.

CAPITULO XVI

MEY anunció que la comida estaba servida.

Lo hizo desde el umbral de la alcoba de la joven, sin mirar apenas a ésta. Sabía que algo no marchaba bien y no estaba de acuerdo con ello. Ignoraba quién de ambos era culpable de aquel estado de cosas nada normal, pero como quiera que fuera, ella suponía que ambos la tenían.

—¿Avisaste al señor? — preguntó Paula haciendo acopio de su sangre fría.

—Sabe Dios dónde anda...

—¿Ha... salido? — como un anhelo indescriptible malamente dominado.

—No sentí la puerta.

Dio la vuelta sobre sí misma, y Paula se quedó sola.

Miró al frente.

Una raya recta marcaba la pureza de su frente.

Una cosa debía de aclarar y era su futuro junto a Lawrence. Era inútil ya pensar en una enfermedad física en su esposo. Era inútil así mismo considerar sus culpas que por más que escudriñaba en su cerebro no encontraba. Era inútil también tratar de razonar con la cerradura que era la mente y el corazón de Law.

Pero... si tan cerrado estaba su corazón, ¿por qué la besó de aquella manera? Fue en unos instantes el hombre de antes, el novio anheloso, el novio apasionado. El hombre que se encendía a su lado.

Eran las tres menos cuarto. Estuviera él en casa o no, tendría que comer, o al menos, sentarse a la mesa.

Estaba expuesta a que Mey fuese a ver á su madre y le refiriese cuanto había ocurrido. Y eso, no. Que su madre nunca supiese lo que ocurría entre ella y Law. Cruzó el pasillo, después de alisar maquinalmente el cabello.

Perfiló su figura en el umbral del comedor y vio a Mey, enfundada en su uniforme negro con el delantalito plisado, muy almidonado, de un blanco immaculado, y quedó confusa.

—No... has avisado al señor—dijo bajo, sin preguntar.

—No lo he visto—refunfuñó Mey.

Ella retrocedió. Fue a la alcoba de los huéspedes y llamó con los nudillos sin obtener respuesta.

Empujó la puerta. La alcoba estaba vacía.

Volvió a salir y se dirigió a la galería.

Idéntico resultado. ¿En el despacho? ¿Y qué hacía allí solo? ¿»No sabía que era hora de comer?

Un reloj dio las tres campanadas.

Paula caminó rectamente hacia el despacho de Law.

—Lawrence—llamó.

Casi en seguida se abrió la puerta.

—Lawrence, es la hora de comer...

—Sí.

Tenía el rostro palidísimo y algo raro en la boca, como una crispación indefinible.

—Vamos—dijo ella serenamente, pese a su observación.

Pasó delante de ella como un autómeta.

Nada podía hacer de momento, excepto descubrir se ante ella, arrodillarse a su lado, asir sus manos y solicitar perdón como un chiquillo travieso, que comete una travesura y se arrepiente después. Y él no era un chiquillo, por supuesto. Su dignidad masculina le impedía postrarse a sus pies aunque reconociera que ella lo merecía. Entraron los dos en el comedor, silenciosamente, y silenciosamente comieron. Fue después, cuando ella creyó que se iba y no siendo así. Law se quedó en la salita con la taza de café ante sí, lo miró de frente.

—¿No tenemos nada que decimos, Lawrence?

Nunca le llamaba Law.

La estaba perdiendo.

—No, Paula—dijo roncamente—no creo que tengamos

nada que decimos.

—He comprobado...

Guardó silencio.

El no le interrogó con los ojos. Se diría que tenía miedo de encontrarse con ellos. Evidentemente era así.

—Voy a solicitar la anulación, Lawrence.

—Así.

—¿Cómo así?

—Sin esperar...—sorbió el café de dos tragos. Encendió precipitadamente un cigarrillo—. Esperar...

—¿Esperar, qué? ¿Cabe algo que esperar?

Cabía.

Todo.

Se puso en pie y le dio la espalda.

—Tengo una cita con tu padre para esta tarde a las cuatro y media—dijo presuroso—. ¿Te importa posponer la conversación para esta noche?

—La eludes cuanto puedes, pero tú sabes ya que estoy decidida.

—Me alnas.

Lo dijo con fuerza.

Como si le hiciera un reproche, pero lo cierto es que se lo hacía a sí mismo.

—¿Es esa una razón?

La miró cegador.

Miraba de otra manera. De frente, como si quisiera penetrar en su ser y transmitirle todo su calor pasional.

Paula quedó confusa.

Era la mirada de Law, del novio, de aquel muchacho que empezó a cortejarla cuando ella no sabía ni siquiera lo que era un beso amoroso.

—¿No lo es?

—No—casi gritó con ronco acento—. No lo es. Y si no lo es, tú tienes la culpa. ¿De qué sirve ya el amor entre nosotros? ¿De qué sirve que yo te ame, si me has defraudado totalmente?

Era lo que temía.

Haberla defraudado.

Se acercó a ella despacio y alzó la mano. La dejó caer en el hombro femenino.

—Perdóname.

—¿Qué te pasa a ti?

¿Pasarle?

Montones de cosas, pero no podía decírsela a menos de aparecer ante los ojos de ella infinitamente peor de lo que Paula imaginaba.

—Tengo que irme. Nos veremos..., nos veremos... en casa de tu madre.

—¿Qué dices?—se exaltó Paula— ¿Supones que iré a comer con mamá, para mostrarles el espectáculo de nuestra decepción?

Salió sin esperar respuesta. Al rato oyó los pasos lentos de Law dirigirse a la puerta. Después el ruido del motor de su coche en la calle, alejándose.

Recibió la llamada telefónica a las siete de la tarde.

Se lo dijo Mey con cierto oculto desdén.

—¡La llaman de la oficina de su marido.

Le saltó el corazón.

¿Qué la quería?

¿Seguir aquella conversación por teléfono?

—Voy al instante.

Al pasar junto a Mey, oyó su voz sibilante.

—¡Si sigues así... se lo diré a tu madre. Tenlo presente.

No le hizo caso.

Estaba dispuesta a plantear la papeleta cuanto antes. ¿A su madre? A quien fuese.

No podía continuar así.

—Dígame.

—Soy la secretaria de míster Hasso—dijo la voz gangosa femenina—. Tengo aquí un recado. El señor Hasso ha salido en este instante y dejó aquí una nota donde dice que la espera a las nueve en punto en casa de sus padres.

Por eso estaba allí.

¿Qué pretendía Láw, mostrar a sus padres la desolación de sus vidas en común?

Estaba bien. Si así lo deseaba, así iba a tenerlo.

Subió en el ascensor pensando con desolación en su vida destrozada. Su vida sentimental de la que tanto esperaba ella.

Cuando llamó a la puerta, nada más franquearle la entrada

la doncella, oyó la voz de Law. Una voz como siempre antes de haberse casado, afable y simpática.

Por lo visto, pretendía pasar por buen marido ante sus padres. Emitió una sonrisa amarga y se dirigió al perchero, donde dejó su abrigo de pieles.

Gentil, monísima, con el cabello recogido en un moño, entró en la salita de estar. En cualquier otro momento, no se hubiese peinado así. Sabía cuánto detestaba Law el cabello recogido.

—Paula—exclamó la madre al verla—. Paula, querida.

Paula se abrazó a ella.

Toda su sensibilidad se agitó en aquel instante, agudizándose. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Y al abrazar a su madre, al elevar un poco los ojos, vio a Law allí, correcto, afable, vestido de gris, flaco y altísimo.

Sus ojos se cruzaron rápidamente.

Pero fue ella quien los devió, yendo luego hacia su padre.

—Papá...

—Muohachita.

—Papá, querido.

Otra vez los ojos de Law en los suyos buscándola ansiosamente.

¿No era el mismo Law de antes?

Se estremeció de pies a cabeza, a su pesar.

Quiso pensar en su rencor, en la rabia pasada aquellos días. En la desolación de su vida. En el vacío que dejaba en su ser la indiferencia de Law. Pero no pudo. O lo quería demasiado,

o era tonta de remate. Y no quería niamarlo ni ser tonta. Por eso desvió su mirada.

—Law ya nos dijo que os ibáis mañana otra vez.

¿Qué decía?

¿Estaba loco?

Vagar de nuevo de hotel en hotel de capital en capital, de avión en avión... No. Que no lo soñara. Que se fuera solo.

Buscó sus ojos rápidamente. Law la miraba abiertamente. No huía de su mirada.

Quiso decir que ella no iba, pero cuando se dio cuenta, Law estaba a su lado, pasándole un brazo por los hombros.

Era un farsante, un mezquino, un...

—Ya sabes que no me gusta que te peines así.

¿Una comedia?

¿Era lo que estaba representando?

Se alejó de él sin responder.

—Pasemos al comedor—dijo su madre ajena a lo que estaba ocurriendo entre ellos. Podéis ocupar tu cuarto de soltera. Se lo he dicho a Law y no puso inconveniente.

No buscó sus ojos.

No quería encontrarlos. No quería entender.

Dijo únicamente.

—Imposible, mamá. Cuánto lo siento, pero aún tengo las cosas sin ordenar... He de trabajar mucho en casa.

—Si os vais mañana... Otra vez—su padre miró a Law—

¿Por cuánto tiempo, Law?

—Lo decidirá Paula.

Estuvo a punto de gritar y hubo de hacer un gran esfuerzo para no estallar en una exclamación acusadora.

—¿Qué dices, hijita?

Era su madre.

—No lo sé, mamá. Depende. Tal vez... ni siquiera salga de viaje.

Después, antes de que pudiera interrumpirla, empezó a hablar de mil cosas sin hilación.

La comida transcurrió en seguida. Cuando pasaron al salón, Law la alcanzó en la puerta, cuando sus padres ya estaban dentro.

—No quieres venir conmigo.

Lo miró.

Había severidad, frialdad en su mirada.

—¿Tanto te interesa lo que yo opine? ¿Desde cuándo te interesa a ti lo que sienta o piense yo?

—Tenemos una conversación pendiente.

—Te equivocas. Ya... la hemos concluido. Y pasó ante él.

CAPITULO XVII

EN vez de participar en la conversación se enfrascó en la lectura de una revista de modas que no la interesaba en absoluto. Su padre y Law jugaban una partida en la cual su madre parecía hacer de árbitro.

A las once y media, Paula se puso en pie.

—Si no os importa, prefiero irme.

Law se puso en pie con rapidez.

—Cuando gustes.

—¿Pero no os quedáis?—protestó la dama.

—No, mamá, otro día. Buenas noches.

Los besó con ternura.

Estaba tan falta de ella. Desde que se casó se sentía como

un barco a la deriva.

Los padres también se pusieron en pie y los acompañaron hacia la puerta. Allí, mientras sus padres le hablaban, Law buscó el abrigo en el perchero y fue hacia ella para ponérselo por los hombros. Hizo un leve movimiento como si pretendiera impedirlo pero después pensó que sus padres estaban delante y dominó su ira.

Sintió las dos manos de Law haciéndole presión. Se agitó. Él debió sentir en sus manos aquella agitación, porque la apretó contra su pecho, así como si no hiciera nada.

Se irritó. Le amaba, pero aquel cambio no lo concebía ni lo admitía sin una explicación.

—Hasta mañana—dijo.

Y salió antes que él, separándose de su pecho como si quemara.

Law dijo también adiós y se deslizó tras ella.

En el ascensor se miraron de hito en hito.

—No me vas a perdonar nunca.

¿Qué decía?

¿Perdonarle el desprecio de que le hizo objeto?

¿Qué clase de mujer creía Law que era ella?

—Olvídate de eso—cortó secamente—. Entre tú y yo, hablar de perdón es como ofender.

Se acercó a ella.

—Aparta. No podría resistir...

Ocultó el rostro entre el cuello del abrigo. Law se apretó al otro lado.

El ascensor se detuvo.

Se notaba en él una tensión nerviosa.

Una gran palidez en su rostro. Una rabia, especie de impotencia en sus labios.

Cuando salieron a la calle, ella dijo.

—Puedes ir en tu coche. Yo tengo el mío aquí mismo.

—No vas... conmigo.

—No.

Rotunda.

—Paula... quiero hablarte. Por favor..., ven en mi auto o permite que yo vaya en el tuyo. No es posible mantener por más tiempo esta situación. Hubo algo, en efecto, que me obligó a ser como fui.,.

Lo miró un segundo.

Había en los ojos de Paula una censura patentísima.

—Nada de cuanto digas, te salvará de ser juzgado por mí.

—Los celos.

Se detuvo en seco junto a su auto.

—¿Celos? ¿De qué? ¿De quién? ¿Acaso yo te di celos alguna vez? ¿Te di motivos? Déjame reír—pero no rió; lo miraba aún con fijeza sin parpadear— ¿Qué dices? ¿Supones que eso te salvará de que yo te juzgue severamente?

—Sube—dijo él por toda respuesta.

Lo hizo.

No supo cuándo ni en qué instante deseó oírle. Subió y se acomodó en el asiento sin pronunciar otra palabra.

Law se sentó ante el volante y soltó los frenos.

Puso dirección recta. Paula sólo dijo entre dientes.

—Por ahí no se va a nuestra casa. El camino más directo...

—No pienso volver aún, Paula—dijo él roncamente—.

Quiero hablarte. Prefiero no ver tu cara cuando hable. Sé todo lo que piensas de mí. Lo que pensaría yo si estuviera en tu lugar. Tengo derecho a una justificación.

—¿Es... precisa?

—Lo es. Después, estás en tu derecho de obrar en consecuencia. ¡Si has dejado de amarme... pide la anulación.

No respondió.

Miraba al frente sin parpadear. Tenía los párpados un poco entornados. Los focos luminosos hacían dibujos raros en la apacible noche fría y húmeda.

La voz de Law tomó una fuerza extraña.

—Fue el día de la boda. Sí, ya sé lo que pensarás de mí. No pude remediarlo. Robert... hablabas con él. De un año siempre juntos, de una cabaña... Pensé... Pensé—calló de repente. Habló de nuevo inmediatamente, con voz sofocada—
—No tengo la culpa de pensar así. Tuve que pensar. Estaba loco... Ahora ya lo sabes. Nunca fui un enfermo. Sólo un celoso. No podía soportar la idea de que tú silenciaras aquellas relaciones amistosas o amorosas. Nada me dijiste hasta esta mañana.

Silencio.

Un asombro indescriptible. Sin ira, sin rabia. Sólo con dolor.

—Y eso fue...

—Eso.

—Llévame a casa.

—No me perdonarás nunca.

¿Perdonar?

¿Podía ella inmiscuir el rencor en su amor? De momento, sí, pero sabía, porque era humana y amaba a Law. que no podría mantenerlo mucho tiempo. Lo disipaba aún sin pretenderlo.

—Paula...

—Olvídate de todo ahora—dijo con acento vacío—. Llévame a casa.

—No quieres... salir de viaje. Ir a aquel parador.

—No.

Pero el auto torcía a la izquierda. Se metía por la carretera general.

—No quiero—dijo roncamente—. No quiero, Lawrence. Ahora... no.

—Olvidarás esta noche.

—Es lo que no quiero... olvidar. Pensar que has dudado de mí. Tú, tú... a quien yo había entregado toda mi vida. Tú...

La mano masculina se deslizó hacia los dedos crispados. Los oprimió largamente. No decía nada. Ya no trataba de disculparse. Cargaba con todas las culpas.

—Vuelve a casa—susurró ella bajo—. Vuelve, Law.

—Si no empiezas esta noche a disculparme... Si no empiezas...

—Vuelve a casa.

—Quiero... llevarte allí. Allí, donde debimos pasar nuestra noche de bodas.

—No—casi gimió—. No podría.

—¿Cuándo vas a poder?

—No lo sé. Un día... tal vez un día. Pero no me obligues hoy...

El auto giró en redondo.

Silenciosamente regresaron a casa. Al entrar, él dijo quedamente.

—No quieres que vaya contigo,

—No—como un sollozo—. No. El día que pueda olvidar... todo el daño que me hiciste, iré a buscarte yo. Sí... iré yo.

* * *

No fue en muchos días. Fue una vida horrible, allí dentro los dos. El pendiente de ella. El, tan firme, tan personal, convertido en el hombre maravilloso que fue durante cuatro años.

No podía olvidar. Trataba todos los días de conseguirlo, pero no podía.

Law conoció a Robert. Fue un encuentro casual. Alguien los presentó. Robert preguntó por Paula.

—No me perdona haber dudado de ella.

—Es lógico.

—Lo sabes ya...

—Sí—dijo Robert—. Me lo contó Paula. Debiste esperar a que ambos termináramos la conversación, aquel día de vuestra boda. No se puede juzgar así a una mujer como Paula.

Lo sabía.

Por eso se multiplicaba para hacerla olvidar aquellos horribles días, y viviendo en común, era mucho más turbador el contacto.

Fue una noche. Una cualquiera de ellas, mucho después de aquella conversación. El se hallaba tendido en el lecho. Se abrió de pronto la puerta y una voz cálida murmuró.

—Law... ven.

Law se levantó como si fuera un fantasma. De repente llegó a la puerta. La abrazó allí, la apretó en su cuerpo.

La besaba. No sabía decir nada. La besaba desesperadamente.

F I N